EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA ALMONEDA DEL DIABLO

COMEDIA DE MAGIA

EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

ORIGINAL DE

RAFAEL MARIA LIERN

MÚSICA DE

LEANDRO RUIZ

UNDÉCIMA EDICION

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.°

1897

LA ALMONEDA DEL DIABLO

COMEDIA DE MAGIA

EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

ORIGINAL DE

RAFAEL MARÍA LIERN

MÚSICA DE

LEANDRO RUIZ

Refundida por su autor y ejecutada en el TEATRO DEL CIRCO el 15 de Enero de 1864.

UNDÉCIMA EDICIÓN

MADRID
V. VELA, SUCESOR DE J. RODRÍGUEZ
4, CALLE DE LAS CONCHAS, 4,

1897

PERSONAJES	ACTORES
MARIBLANCA	Doña Josefa Hidosa.
CATALINA	» Balbina Valverde.
FLORINDA	» Concha Alba.
JAZMÍN	» Josefa Osorio.
BLASILLO	Don José Miguel.
LISARDO	» Manuel Osorio.
FUENTESECA	» Enrique Arjona.
MAESE PEDRO	» Juan López Benetti
REPRESENTANTE	» Natalio Jurado.
JUAN	» Manuel Castelló.
RAPIÑA	» Enrique Martínez.
CRIADO	» Manuel Vera.
PREGONERO 1.°	» José Bullón.
ÍDEM 2.°	» Juan Riquelo.
ALDEANO 1.°	» José Díez.
ÍDEM 2.°	» Juan Ruiz.
ESTUDIANTE 1.°	» N. N.
ÍDEM 2.°	» N. N.
UNA MUJER	Doña Inocencia López.

Aldeanos de ambos sexos, criados, lacayos, alguaciles, un ejército de monos, hadas, ninfas, odaliscas, brujas, habitantes de Jáuja, habitantes del templo de la felicidad, negros, etc., etc.

El autor prohibe la representación de esta comedia sin la música del maestro Ruiz, escrita expresamente para ella.

Esta obra es propiedad de DOÑA MARIA LORETO GUILLÓN DE FISCOVICH, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La propietaria se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de D. FLORENCIO FISCOVICH, son los únicos encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PRÓLOGO

Valle pintoresco.—En segundo término, á la izquierda, casa rústica con puerta, y encima ventana, ambos practicables. A la derecha, en segundo término, el establo de Blasillo.

ESCENA PRIMERA

JUAN y ALDEANOS de ambos sexos en traje de dia de fiesta; en seguida, MAESE PEDRO; después, FLORINDA y CATALINA

Los aldeanos cantan una seguidilla á la puerta de la casa de Maese Pedro. Las aldeanas traen flores y frutas para ofrecer á Florinda. Mucha animación. Terminada la copla, asómase á la ventana Maese Pedro.

CORO

No te adornes, Florinda.
¿Qué más adorno
que tu boca de mieles,
tus negros ojos,
y esos cabellos,
que hasta el oro más fino
producen celos?

M. PEDRO. (Desde la ventana). Alabado sea Dios.

UN ALD. ¡Viva Maese Pedro!

TODOS. ¡Viva!

M. PEDRO. Gracias, amigos míos, muchas gracias. De buena gana bajaría en este momento á daros un apretón de mano... pero no encuentro los gregüescos...

JUAN. ¿Tan tarde y desnudo todavía, Maese Pedro?

M. PEDRO. ¿De qué te admiras? ¿Sabes tú lo que hay que hacer en una casa un día de boda? La única persona que nada hace es la novia. Y si no, apuesto algo bueno á que mi hija há dos horas ya que está vestida. (Llamando). ¡Florinda! ¡Florinda!

FLORINDA. (Dentro). Allá voy.

M. PEDRO. Sal, hija mía, sal inmediatamente.

FLORINDA. (Sale bastante desnuda de espalda, y al ver tanta gente, entra en su casa precipitadamente). ¡Ay!

TODOS. (Riendo). ¡Já, já!

MUJERES. (Escandalizadas). ¡Huy!

M. PEDRO. ¡Cáspita! Pues me he equivocado. ¡Eh, muchachos, no miréis! ¡Ea, que no miréis os digo! Tened la bondad de volveros de espalda. ¡Vamos, hombre, qué tontería! Eso es, así: moralidad sobre todo. (Los hombres miran con avidez hacia el interior de la casa; las mujeres les obligan á volverse de espaldas).

CATALINA. ¡Pedro!

M. PEDRO. ¿Catalina?

CATALINA. Ya he encontrado los gregüescos.

M. PEDRO. Voy. ¿Lo habéis oído? Esperad un momento; soy con vosotros.

CATALINA. ¿Bajas?

M. PEDRO. Sí. Mira, hija, no salgas á la puerta si no estás completamente vestida. (Desaparece de la ventana. Sale Catalina).

CATALINA. ¿Qué? ¡Hola! Ya he oído vuestra canción. Es muy bonita.

JUAN. Buenos días, Catalina. (Todos saludan y la rodean afectuosamente, entregándole las frutas y las flores).

CATALINA. Felices los dé Dios. Parece que cuando no es para trabajar se madruga con más gusto, ¿eh?

JUAN. Y cuando es para una boda... mucho mejor. Digo,

y una boda como ésta; pues qué, ¿todos los días se casa un potentado?

CATALINA. ¿Un potentado? Maldita la gracia que me hace ver casar á mi hija, que no tiene más que diez y ocho años, con un vejancón de sesenta, por más títulos de nobleza que le adornen ni más onzas que apalee.

JUAN. Pues yo no creo que haya mayor felicidad que casar una hija y saber que no ha de carecer de nada.

CATALINA. ¡De nada, de nada!... Eso es lo que tú no puedes asegurar. La dicha no consiste en las riquezas.

M. PEDRO. ¡Mariblanca! ¡Mariblanca! (Sale Maese Pedro atacándose los gregüescos).

MUJERES. (Escandalizándose otra vez. Los hombres se ríen). ¡Ay!

M. PEDRO. Pero muchachas, ¿qué es eso? ¿No veis que estoy decente? No seais gazmoñas. Juan, Antonio os espera en la bodega. Id á beber un trago á la salud de los novios.

JUAN. ¿Sí? Vamos á remojar el gaznate, compañeros. ¡Viva Maese Pedro!

TODOS. ¡Viva! (Alegría y movimiento).

JUAN. ¡Viva Catalina!

TODOS. ¡Viva! (Juan empuja á los del acompañamiento, que se dirigen hacia la bodega en tropel y alegremente).

M. PEDRO. Gracias, muchas gracias... ¡Ah! y cuenta con dejar una sola gota en la cuba, si no queréis que perdamos las amistades. ¡Lo que es ser persona de calidad! ¡Qué bien sienta esto de ser el objeto del entusiasmo popular! (Con ridículo aire de importancia). Pero ahora que me acuerdo... ¡Mariblanca! ¡Mariblanca!

CATALINA. (Presumido). ¿Qué quieres de Mariblanca?

M. PEDRO. Que me busque el sombrero, que no sé por dónde anda.

CATALINA. Algún día vas á perder las medias sin quitarte los zapatos.

M. PEDRO. Hija, estoy aturdido. Ya ves, es natural. Esto de... ¡Mariblanca! Apuesto cualquier cosa á que está to-

davía pastando su borrico. Parece imposible que pueda quererse tanto á un cuadrúpedo.

CATALINA. Sobre todo, tan feo como el maestro. Bien es verdad que á nadie sino á ti se le hubiera ocurrido la idea de comprar un borrico rabón.

M. PEDRO. Es verdad; pero no es mía toda la culpa. Cuando hacíamos el trato, los gitanos me lo enseñaron de frente; yo de frente no puede ver si era rabón; y como soy incapaz de engañar á nadie, creía que todo el mundo era lo mismo.

CATALINA. ¡Hombre más bobo!

M. PEDRO. De cada día sucio más no haberlo vendido á los extremeños, que me lo compraban hace dos meses para hacer chorizos. Cree que si no hubiera sido por los lagrimones de Maríblanca... Pero, hija, no perdamos el tiempo. Dispón lo que falte; de un momento á otro llegará el novio, y ya ves... (Con importancia).

CATALINA. Sí, ¡como es tan de mi gusto!

M. PEDRO. ¡Catalina!... Pero hija, ¡tú no sabes lo que dices! ¡Ahí es nada el fortunón! Casarse nuestra hija nada menos que con el señor don Alberto Pizarro de Quiñones, señor de Fuenteseca del Prado, vizconde de la Remolacha, etc. etc. (Oyese dentro ruido y una carcajada).

MARIBLANC. ¿Queréis dejar en paz mi borrico? (Dentro). ¿Que es feo? Más feos sois vosotros, que tenéis mal corazón. (Siguen las risas dentro).

M. PEDRO. Esa es la voz de Maríblanca... (Viéndola aparecer). ¿No lo dije?

ESCENA II

DICHOS y MARIBLANCA

MARIBLANC. (Fingiendo que habla todavía con los de dentro). ¿Sí? Acercaos á pegarle si sois hombres. ¿Os hace algún daño el pobre animalito? ¡Vaya que es mucho cuento!

M. PEDRO. Ya pensaba que hoy no volvía por acá su merced. ¿Es esta hora de venir? ¿Dónde has puesto mi sombrero?

MARIBLANC. Yo no lo he visto desde el domingo pasado.

M. PEDRO. ¿Donde estaba?

MARIBLANC. ¡Sobre vuestra cabeza!

M. PEDRO. (Desesperado.) ¡Buena salida! Á ver si lo buscas inmediatamente. Mete á Blasillo en el establo.

CATALINA. No grites, hombre, no grites... ven conmigo y lo buscaremos entre los dos. (Entra en su casa.)

M. PEDRO. Voy en seguida. Por supuesto, que en cuanto pasen otra vez los extremeños... te quedas sin borrico. Vive prevenida. (Vase.)

ESCENA III

MARIBLANCA

¡Quieren venderlo! ¡Pobre Blasillo! No tengas miedo, que yo te defenderé. (Dirigiéndose dentro, á la derecha.) Tú me comprendes, ¿no es verdad? Nos entendemos perfectamente. Yo creo que si lo quiero tanto es por la rabia que le tienen todos. Rabia injusta, por supuesto, porque no he visto un asno de más talento que Blasillo. Ni rebuzna, ni cocea... ni tiene mala intención.

ESCENA IV

MARIBLANCA y FLORINDA, en traje de boda. Sale ésta muy gozosa de su casa.

FLORINDA. No os impacientéis, amigos míos; ya estoy lista. ¡Calla! ¿Pues dónde están los convidados? Mariblanca, ¿sabes por dónde andan los convidados?

MARIBLANC. ¿Qué convidados?

FLORINDA. Vaya una pregunta. Los de mi boda. Pues qué, ¿no sabes que me caso?

MARIBLANC. Sí, señora.

FLORINDA. Entonces... anda, despáchate. Deja á Blasillo en el establo y vuelve en seguida, que nos vamos á marchar de un momento á otro.

MARIBLANC. ¿Que lo deje?

FLORINDA. Digo, como no quieras que venga de testigo á casa del escribano. Anda, que te despaches he dicho

MARIBLANC. Al momento. Espera, Blasillo, hijo mío; espera ahí Hoy te voy á poner pienso doble, que has paseado mucho. ¿Tienes apetito? (Entra en la casa).

ESCENA V

FLORINDA. Tiene en la mano un bonito ramo de flores.

Pero Señor, ¿dónde se habrá metido esa gente? No deja de ser gracioso lo que me está ocurriendo. Salir tan compuesta y encontrarme sin más acompañamiento que Maribanca y su borrico. (Ríe). No sé cómo me río, porque, á decir verdad, lo que me ocurre es serio. ¿Es posible que me case yo con un viejo, sin otra razón que la de ser rico, y que dentro de un par de horas me llame, en vez de Florinda, la señora de Fuentesecá? Si al menos no amara yo á otro... ¡pero si no puedo borrar de mi corazón la imagen de Lisardo!... (Oyese dentro una flauta). ¡Ah, es él! ¡Conozco su canción! ¡Amor sin esperanza! porque aun suponiendo que los dos nos quisiéramos mucho, ¿cómo había de consentir mi padre que me casara con un pobre pastor, mantenido casi por la caridad del pueblo? Imposible... Ya está aquí. Apenas puedo dominar mi emoción. (Aparece Lisardo bajando la colina).

ESCENA VI

FLORINDA y LISARDO

LISARDO. (En la fuente, en las flores,
en todas partes,
ó réal ó fingida

siempre adelante.
¡Si es mi deleite!
¡si me muero sin ella!
Florinda (siempre).

FLORINDA. (¿Por qué siempre me busca,
si no me ama?
Y si es que me quiere,
¿por qué no habla?
Voy á saberlo).
Buenos días, Lisardo. (Gozosa).

LISARDO. Guárdeos el cielo. (Con amor).

FLORINDA. ¿Por qué senda bajísteis
(Con sentimiento é inocencia).
desde la choza,
que no tuvo dos flores
para mi boda?

LISARDO. Cuantas crecían
destrozaban mi mano
si las cogía.

FLORINDA. (Reconviniéndole con cariño).
¡Ni unos blancos jazmines,
ni una azucena!

LISARDO. Como ofrenda de boda
traigo otra ofrenda.

FLORINDA. ¿Cuál (Con interés).

LISARDO. De mi alma,
y abrasando mis ojos...
estas dos lágrimas. (Amargamente).

FLORINDA. ¿Qué motiva ese llanto? (Con afán).

LISARDO. ¡Terribles celos!

FLORINDA. Y esos celos son hijos... (Con afán).

LISARDO. ¡De amor inmenso!

FLORINDA. ¿Y esos amores? (Con afán).

LISARDO. De una flor de este valle. (Con mucha intención).

FLORINDA. ¿Cuál es su nombre? (Con deseo creciente).

LISARDO. Nunca saldrá de mi boca.

FLORINDA. Su nombre quiero. (Con fuego).

LISARDO. Imposible. (¡Me ahogo!)

FLORINDA. (¡Duro tormento!
¿Por qué se calla?)

LISARDO. (¡Si no sabe de penas! (Con desesperación).
¡Si no me ama!)

FLORINDA. Ese nombre decidme,
por Dios, Lisardo.

LISARDO. Ved si acertáis el nombre
por su retrato.

(Durante el tiempo que habla Lisardo, Florinda manifiesta en el semblante diferentes emociones).

Es flor... que reina
sobre todas las flores
de la pradera;
pero su limpio cáliz
como las gotas
del rocío que ruedan
entre sus ojas (1);
contenta vive
sin saber que hay pesares...
¡Es insensible!
Junto á la flor hermosa
un lirio vese...
que de amores por ella
suspira y muere;
y aunque le mata,
¡ni le mira siquiera!...
No tiene alma. (Mucha amargura).

FLORINDA. Yo á la flor no conozco...
mas me parece (Mucha amargura).
que han de ser muy injustos
vuestros pinceles.
¡No hay flor sin alma! (Llorando).

LISARDO. Esa flor lo desdice...
¡Florinda! ¡Lágrimas! (Viéndola llorar).

---

(1) García Gutiérrez. (*El Grumete*).

¿Qué motiva ese llanto? (Con afán)

FLORINDA. ¡Dolor profundo!

LISARDO. ¿Y ese dolor es hijo?... (Con afán).

FLORINDA. De amor oculto.

LISARDO. ¿Y esos amores? (Con afán).

FLORINDA. De una flor de ese valle. (Con intención).

LISARDO. ¿Cuál es su nombre?

FLORINDA. Nunca saldrá á mi boca.

LISARDO. Su nombre quiero.

FLORINDA. ¡Imposible! (¡Me ahogo!)

LISARDO. (¡Duro tormento!)

FLORINDA. (¿Por qué no habla?) (Con amargura).

LISARDO. (¿Si no sabe de penas?) (Desesperado).

FLORINDA. (¡Si no me atina!)

LISARDO. Ese nombre decidme. (Con fuego).

FLORINDA. Nunca, Lisardo.
Ved si acertáis el nombre
por el retrato.
Es flor que crece
del orgullo á la sombra:
por eso muere.
Junto al lirio, es un lirio,
(La frase *es un lirio* la dice significando que nada le importa que lo sepa, y á consecuencia de un movimiento de Lisardo).
se alza una rosa:
que la adora él se cree,
mas no la adora...
que el amor grande,
más, mientras más se oculta,
del pecho sale.
De la rosa inocente,
¿qué quiere el lirio?
Que atrevida dé pruebas
de su cariño.
¿Qué es de una rosa
cuando el pudor se exhala
de entre sus hojas?

Mas la rosa sencilla
que el lirio quiere...

LISARDO. Pienso que son injustos
(Interrumpiéndola con pasión).
vuestros pinceles.
El lirio la ama,
y se muere y...

FLORINDA. Entonces, (Con amor).
¿por qué no habla?

LISARDO. Porque teme ofenderla
sólo al decirla...

FLORINDA. ¿Pero qué flor se ofende (Con reconvención).
de ser querida?

LISARDO. Peca de tímido...

FLORINDA. Porque ni ve ni sabe (Desesperada).
lo que es cariño.

LISARDO. Salga por fin del pecho, (Con fuego).
donde se alberga,
la pasión más oculta
que mi alma quema.
Corra á raudales:
si con ella os ofendo,
vos despreciadme.
Esa flor peregrina, (Viveza).
bella y lozana,
pura como las tintas
de una alborada (Ansiedad en Florinda).
de perlas y de oro...
esa flor... ¡es Florinda!

VOZ. ¡Vivan los novios! (Dentro).

VOCES. ¡Vivan! (Dentro)

FLORINDA. ¡Idos! (Con agitación).

LISARDO. ¿Y el nombre (Con mucho afán).
del lirio triste?

FLORINDA. Idos por Dios, Lisardo. (Con agitación).

LISARDO. (¡Es insensible!) (Dolor).
¿Cómo se llama? (Con calor).

FLORINDA. Idos por Dios, que llegan. (Resuavemente).

LISARDO. (¡No tiene alma!) (Dureza).

ESCENA VII

DICHOS; MARIBLANCA, JUAN, MAESE PEDRO, CATALINA, FUENTESECA, el acompañamiento de la primera escena y además los criados de Fuenteseca.

ALDEANOS. ¡Vivan los novios!

TODOS. ¡Vivan! (Echando los sombreros al aire).

FUENTESEC. (Enfáticamente). Basta, basta de vítores y aclamaciones.

M. PEDRO. ¡Ah! ¿Conque es mi yerno, mi nobilísimo yerno? Y mi noble hija, ¿por dónde anda? Hela aquí.

FUENTESEC. Estoy satisfecho de vuestra adhesión, y encuentro legítimo ese entusiasmo.

LISARDO. (Escucha la escena oculto detrás de un bastidor). ¡Ah! ¡Si yo fuera rico!

M. PEDRO. Por fin, señor, ha oído el cielo mis votos, dejándome ver el noble día en que uno de los hijos más nobles de la noble España... se ha dignado aceptar noblemente la... del... lo... diré más, diré... (Perdiendo el hilo de su discurso).

FUENTESEC. No, no lo digáis... guardadlo para otra ocasión. Comprendo que al dignarme descender hasta vosotros, enlazando mi noble mano con la de una plebeya, os hago un gran favor. Si mis abuelos levantaran la cabeza, se volverían, probablemente, á morir de rubor y de vergüenza; pero á mí me importa poco de mis abuelos. (Con mucha hinchazón).

LISARDO. (Fatuo). (Florinda mira casi constantemente hacia el punto donde está Lisardo).

FUENTESEC. Yo amo á Florinda con todas las fuerzas de mi espíritu y no deseo sino adelantar la ceremonia cuanto sea posible. (A Florinda). El escribano nos espera. Podemos partir si gustáis, y desde su misma casa pasaremos á la iglesia. Estáis encantadora, hermosa Florinda.

M. PEDRO. Pues en marcha. (Dispónense todos á partir; pero suspenden la marcha á la siguiente indicación de Fuentesecal).

FUENTESEC. ¡En marcha! ¡Ah! Esperad un momento: el amor me había quitado la memoria. Al indicaros que podíamos partir me había olvidado de un aviso que he recibido esta mañana del escribano. Las cartas no podrán firmarse hasta las once.

M. PEDRO. ¿Hasta las once?

FUENTESEC. Sí; hasta esa hora no acabará el señor Rapiña la almoneda que de oficio debe hoy verificarse en el castillo de Fausto el encantador.

FLORINDA. ¿Qué, se hace almoneda en el castillo? (Extrañeza en todos).

FUENTESEC. ¿Pues no sabéis que ha muerto ese hechicero?

TODOS (Con espanto y curiosidad). ¡Ha muerto!

FUENTESEC. A mí me ha dado la noticia el escribano; y como entre los objetos que han de pregonarse debe haber algunos muy curiosos, he resuelto que asistamos todos á la subasta. Yo quiero regalar todavía algo más á mi Florinda.

M. PEDRO. ¡Demonio, demonio, demonio! (Temor en todos y repugnancia).

FUENTESEC. ¿Qué es eso, tenéis miedo? ¡Supersticiosos! Obedecedme. ¡Qué se dirá de vosotros! Que sois unos cobardes. Ea, en marcha. Vos, Catalina, á las mujeres... El brazo, preciosa Florinda. Lacayos, á retaguardia. (Recobrando la alegría, márchanse todos confusamente).

M. PEDRO. ¡Viva mi noble yerno!

TODOS. ¡Viva! (Mucha animación).

FLORINDA. ¡Pobre Lisardo!

ESCENA VIII

LISARDO *solo, deteniéndose después de intentar seguir á Florinda.*

¿Qué iba yo á hacer? ¡Soy un insensato! ¿Para qué seguirla? (Deja su sombrero sobre una roca que deberá hallarse

á la izquierda, en primer término). ¡Es inútil! Todo ha terminado para mí. Acabemos con esta odiosa vida. Mañana, el primer albor del día descubrirá mi cadáver á la puerta de mi cabaña. (Una roca enorme da paso á Jazmín).

ESCENA IX

LISARDO y JAZMÍN

JAZMIN. Servidor amigo, ¿tendréis la bondad de decirme dónde pára el castillo de Fausto el encantador?

LISARDO. Helo allí: Dios os guarde. (Va á partir).

JAZMIN. Mucha prisa llevais.

LISARDO. Toda la que exige el negocio.

JAZMIN. (Con cierta impertinencia). Desagradable negocio por cierto.

LISARDO. ¿Qué sabéis vos?

JAZMIN. Tenéis pintada la pena en el semblante.

LISARDO. Pues bien, si es mi gusto...

JAZMIN. ¿Gusto.... y vais á mataros?

LISARDO. Es un capricho.

JAZMIN. ¡Triste placer é insensato capricho!

LISARDO. ¿Y qué os importa? Seguid vuestro camino y dejadme en paz.

JAZMIN. Algo bueno apostaría á que el origen de esa temeraria resolución es una mujer. (Consigue fijar la atención de Lisardo).

LISARDO. Y aun cuando eso fuese cierto, ¿no soy dueño de hacer lo que mejor me plazca?

JAZMIN. Si no hubiese otro remedio, convenido; pero como yo creo que hay uno muy fácil... ¿Querés oir un consejo?

LISARDO. ¿Para qué?

JAZMIN. ¿Os desprecian porque sois pobre?

LISARDO. Sí.

JAZMIN. Probad que no lo sois.

LISARDO. Habéis venido á burlaros. ¿Cómo he de probar que soy rico cuando no poseo ni un solo escudo?

JAZMIN. ¿Que no, y apenas puede vuestro sombrero con el peso del oro?

LISARDO. (Con gran extrañeza). ¿Mi sombrero?

JAZMIN. Sí; vedlo y os convenceréis. (*Extiende Jazmín la vara de la parte superior de la roca donde Lisardo dejó su sombrero brota un chorro de la abundancia, que arroja sobre él infinidad de monedas de oro y plata*).

LISARDO. ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Qué poder misterioso...? ¡Oro! ¡Es oro, efectivamente!... Perdonad, amigo; no me tachéis de ingrato. Gracias, pero no puedo detenerme. Voy á ver si compro todavía mi felicidad. ¡Ah, si supiérais mi situación!... Esas montañas son mi casa... Si alguna vez necesitáis de mí, preguntad por el pastor Lisardo. Guárdeos Dios.

JAZMIN. (Deteniéndole). Una palabra. (Con mucha intención). Comprad un objeto cualquiera en el castillo.

LISARDO. Perdonad, hidalgo; pero no puedo detenerme. (Vase corriendo, llevándose el sombrero lleno de oro).

ESCENA X

JAZMIN *solo*.

¡Pobre muchacho! Hay que confesar que soy un genio protector de una buena causa. Un amante á quien su pasión inspira la idea de matarse... bien merece que se le proteja... siquiera por lo rara que va siendo la especie. Ya, ¿quién se mata por amor? Pero no perdamos el tiempo. ¡Se acerca la hora de la subasta! Vamos al castillo de Fausto. (Dándose por escotillon).

MUTACIÓN

ESCENA XI

Gabinete corto en el castillo de Fausto. Representa éste la oficina del hechicero con todos sus accesorios. Debe tener un aspecto verdaderamente diá-

bólico y fantástico. Sube por escotillón una mesa cubierta con tapete encarnado, alumbrado por dos velas verdes, únicas luces que alumbran la escena. Sobre la mesa, recado de escribir y un cestillo con los talismanes de la subasta. Jazmín sube sentado á la mesa.

JAZMÍN

Todavía faltan algunos minutos para la hora de la almoneda. Aquí están los talismanes. ¡Triste suerte la mía! Conocer el valor de estos objetos y no poder adquirirlos. Lo interesante es saber á qué manos van á parar para destruirlos luego. ¡Y esos imbéciles creerán que compran un juguete cualquiera!... Oigo ruido. Escondámonos. (Vase por la izquierda).

ESCENA XII

EL SEÑOR RAPIÑA, JUAN, cuatro ALGUACILES y dos PREGONEROS. Estos personajes, exceptuando á Juan, deben ser muy ridículos.

RAPIÑA. ¡Engaño como él! Esto ha sido una verdadera infamia.

JUAN. Pero señor escribano...

RAPIÑA. ¡Callad, señor guardabosque!... Yo sé lo que digo; como que ha pasado ante mí. El encantador no era sino un hechicerillo de mala muerte. ¡Bah! Un encantador de tres al cuarto; nada. Si hubiera sido un hechicero de su posición, ¿creéis que hubiera vivido en un castillo tan desmantelado como éste? ¿No se le hubieran encontrado grandes riquezas? Porque quién había de suponer que los tesoros del brujo estuvieran reducidos á esta media docena de baratijas. (Las del castillo). Buen chasco ha sido... No valía semejante miseria la pena de una subasta anunciada por medio de pregones públicos. En fin, ¡cómo ha de ser! Pregoneros y alguaciles, á vuestros puestos respectivos. (Colocándose dos alguaciles y un pregonero á la derecha, á la izquierda los restantes. Los pregoneros en primer

término). Señor guardabosque, abrid las puertas para que entre el populacho. Alguaciles, os recomiendo la mayor compostura... (Siéntase). Pregoneros, os encargo toda la sonoridad de que sean susceptibles vuestras laringes. (Los alguaciles y pregoneros saludan respetuosamente y quedan inmóviles).

ESCENA XIII

DICHOS; FUENTESECA, FLORINDA, MAESE PEDRO, CATALINA, MARIBLANCA, ALDEANOS, LACAYOS, etc. Poco después, LISARDO. Nótase en todos cierto temor supersticioso.

FUENTESEC. ¡Qué apariencia tan diabólica! No tembléis, hermosa Florinda.

FLORINDA. Apenas puedo contener el miedo.

M. PEDRO. (Temblando). ¿Cómo es eso? Miedo... miedo... mírame á mí: yo no tengo miedo.

CATALINA. Pero estás temblando.

M. PEDRO. Es de frío. Si aquí hay más humedad que en una bodega.

RAPIÑA. (Con gravedad cómica y aire importante). Silencio, señora. Se da principio á la subasta. Pregoneros, empezad.

LISARDO. Un momento, señor escribano. Las once no han dado todavía. (Extrañeza en todos al ver aparecer á Lisardo).

RAPIÑA. (Mirando el reloj). Las once han dado hace... hace medio segundo, y doy fe. Empezad, he dicho.

FLORINDA. (¡Él aquí!)

M. PEDRO. (Por Lisardo). (¡Qué insolencia!)

MARIBLANC. Qué, ¿vienes á comprar el castillo, Lisardo?

LISARDO. (Con cierta importancia). ¿Y por qué no? Bien pudiera ser. En fin, veremos lo que decido.

FUENTESEC. Una pregunta, señor Rapiña, si no incomodo.

RAPIÑA. (Con marcada adulación). ¡Incomodar! Los ricos no incomodan nunca. (El actor encargado de este papel debe hacer una caricatura).

FUENTESEC. (Con desprecio). ¿Se permite á los mendigos asistir á estos actos?

LISARDO. (Con altanería). Sí, señor, si esos mendigos son tan ricos como cualquier potentado.

FLORINDA. (¿Qué dice?)

FUENTESEC. Sois un insolente, y os he de mandar apalear. (Animación en todos para tranquilizar á Fuenteseca y Lisardo).

LISARDO. ¿Á mí?

FUENTESEC. Esa cuestión la dejaremos para después. Podéis empezar, señor escribano. ¿Hay muchos objetos preciosos?

RAPIÑA. ¿Preciosos? Ahí tenéis en ese cestillo todo cuanto ha de adjudicarse.

FUENTESEC. (Con disgusto). ¿Eso? (Llégansc todos á examinar el cestillo).

M. PEDRO. ¿Eso nada más?

RAPIÑA. Nada más que eso.

TODOS. ¡Já, já!

FUENTESEC. ¿Y todas esas curiosidades? (Las de las paredes).

RAPIÑA. Todas estas curiosidades han sido legadas por su dueño al Museo Nacional. (Grandes murmullos, producidos por los comentarios que hacen los del acompañamiento). Á ver, señores, orden y compostura. (Se restablece el orden). Empezad.

PREG. 1.° (Pregonando grotescamente). Una pata de cabra.

TODOS. ¡Já, já, já!

RAPIÑA. (Destemplado). Silencio he dicho. Al que no calle, le suelto un alguacil. (Silencio).

PREG. 1.° Una pata de cabra.

FUENTESEC. Hombre, voy á comprarla para el extremo de un tirador. Cuatro reales doy por ella.

PREG. 1.° Cuatro reales por la pata de cabra... cuatro reales... á la una... á las dos... á las tres. (Llega Fuenteseca á la mesa, paga y recibe la pata de cabra).

RAPIÑA. Se adjudica la pata de cabra al excelentísimo señor de Fuenteseca.

PREG. 2.° Una caja de píldoras. (Curiosidad en todos, que se repite cada vez que se pregona un objeto nuevo. Todos los com-

pradores hacen lo que hizo Fuentesecca al adquirir la pata de cabra).

M. PEDRO. (¿Tienes tos, Catalina?)

CATALINA. No.

M. PEDRO. Entonces no la compro.

LISARDO. (No le vendrá mal la caja á la vieja Cecilia. Padece tanto del pecho...) Ocho reales doy por ella.

PREG. 2.° A la una... Ocho reales, á las dos... á las tres.

RAPIÑA. ¿Cómo os llamáis?

LISARDO. Lisardo.

RAPIÑA. ¿Vuestra profesión?

LISARDO. Pastor.

RAPIÑA. Se adjudica la caja de píldoras al pastor Lisardo.

PREG. 1.° Una cola.

CATALINA. (A su marido) ¿Qué?

M. PEDRO. (Un rabo, torpe.)

RAPIÑA. (Al pregonero). Hablad de modo que os entienda la plebe.

PREG. 1.° Un rabo. (Risa en todos).

RAPIÑA. (Con aplomo y gran serenidad). Silencio, señores. ¿Á quién le hace falta un rabo?

FUENTESEC. (¡Qué pregunta!)

RAPIÑA. (Desentonado). ¡Silencio he dicho!

PREG. 1.° Una cola.

MARIBLANC. (¡Qué bien le sentaría á Blasillo, que es rabón! Voy á comprarla.)

RAPIÑA. ¿No hay quien ofrezca nada por la cola?

FUENTESEC. Me parece, señor escribano, que os vais á quedar con ella.

MARIBLANC. Yo ofrezco dos reales.

M. PEDRO. Es para el borrico, ¿eh?

MARIBLANC. Sí, señor.

M. PEDRO. Efectivamente, le estará que ni pintada.

RAPIÑA. (Al pregonero). Decid á las tres, porque no habrá competencia.

PREG. 1.° Dos reales, á las tres.

RAPIÑA. Se adjudica la cola á...

MARIBLANC. Maribianca, servidora de vuesarcé. Me marcho corriendo; no quiero retardarle esta alegría á mi Blasillo. (Vase llevándose la cuta).

PREG. 1.° Una ramita de oro.

FLORINDA ¡Qué bonita!

FUENTESEC. ¿Os gusta? Voy á comprarla.

LISARDO. (No, mientras me quede un escudo).

FUENTESEC. Un escudo.

PREG. 1.° Un escudo.

LISARDO. Tres.

PREG. 1.° Tres.

FUENTESEC. Seis.

PREG. 1.° Seis.

LISARDO. Doce.

FUENTESEC. (Disgustado). ¿Qué? (Interés en todos).

PREG. 1.° Doce escudos... á la una.

FUENTESEC. Trece.

LISARDO. Catorce.

FUENTESEC. ¡Demonio!

PREG. 1.° Catorce.

FUENTESEC. Quince.

LISARDO. Diez y seis.

FUENTESEC. ¿Piensas, insensato, que voy á honrarte con mi competencia? Quédate con la alhaja en buena hora. La desprecio tanto...

LISARDO. (Con insolencia). Como yo desprecio vuestros insultos.

FUENTESEC. Veremos si dices lo mismo cuando te mande cortar las orejas. (Gran animación).

RAPIÑA. (Levantando mucho la voz). Basta, señores. Yo represento aquí la ley, y en su nombre os mando callar. Continuad.

PREG. 1.° Diez y seis escudos, á las dos... diez y seis escudos á las tres. (Hablanse todos para comentar esta adjudicación).

RAPIÑA. Se adjudica la rama de oro al pastor Lisardo.

FUENTESEC. (¡Qué humillación!)

FLORINDA. (Juraría que la ha comprado para mí).

PREG. 1.° Una caja de polvo. (Nueva curiosidad).

RAPIÑA. Creo que la habéis equivocado. Ved si es la de polvo. (Abrela el pregonero).

PREG. 1.° Es la misma, efecti... (Estornuda). ¡Achit!

TODOS. (Estornudando). ¡Achit!

PREG. 1.° ¡Jesús!

TODOS. ¡Jesús!

M. PEDRO. ¿No lo dije? La humedad. Ya nos hemos constipado todos.

LISARDO. (Es particular). (Ponese á reflexionar).

M. PEDRO. Dos reales por la caja.

PREG. 1.° Dos reales, á la una... dos reales, á las dos... dos reales, á las tres.

RAPIÑA. Se adjudica la caja á Maese Pedro Rodríguez. Señores, ha concluido el acto. Se da por terminado el remate. (Dispónense todos á partir).

LISARDO. ¡Ese estornudo... casualidad no puede ser. ¡Qué sospecha! «Compra un objeto cualquiera en el castillo,» me dijo aquel personaje misterioso... No hay duda... deben ser talismanes... Serán talismanes. (Aparece en el muro, sobre la puerta del foro, la palabra *Sí* escrita). ¡Ah! ¡qué felicidad! ¡Soy venturoso! Tened la bondad de esperar un momento. (Detiénense todos).

FUENTESEC. ¿Qué queréis?

LISARDO. Yo he comido desde pequeño el pan de Maese Pedro. En prueba de mi gratitud concebí el proyecto de hacer un regalo á mi protectora Florinda el día de su boda: para ello he consumido las economías de toda mi vida. El regalo es este... (La rama de oro). ¿Me permitís que se la ofrezca?

M. PEDRO. ¡Ese muchacho está loco!

FUENTESEC. (Con afectación y altanería). La futura señora de Fuenteseca no puede aceptar regalos de un pordiosero.

M. PEDRO. Bien dicho.

TODOS. (Apoyando con calor). Muy bien.

LISARDO. ¡Canalla miserable y servil! ¿Quiénes sois vosotros para apoyar el insulto dirigido á un compañero?

JUAN. ¿Y tú, quién eres para levantar la voz?

LISARDO. Callad y descubrís para atreveros siquiera á mirarme. (*Vuelan los sombreros de todos los hombres*).

TODOS. (Con espanto). ¡Qué!

FUENTESEC. ¿Pues quién sois?

LISARDO. Un noble como vos.

FUENTESEC. Esa es una impostura infame.

LISARDO. ¿Impostura? Vedlo por vuestros propios ojos. (Desaparece el traje de pastor y queda gallardamente vestido á la chamberga. Un genio le entrega á Lisardo sombrero y espada. Crece el tamaño y vanse todos confusos y precipitadamente).

TODOS. ¡Ay!

FUENTESEC. ¡Jesús!

M. PLORO. Huyamos.

TODOS. Huyamos. (Vanse todos. Un momento antes Lisardo entrega á Florinda la rama de oro y ésta á Lisardo un ramo de flores).

ESCENA XIV

LISARDO; en seguida, JAZMIN

LISARDO. ¡Gracias, Dios mío, gracias! Todavía puedo ser feliz, porque no es un sueño. Este traje no es ilusión de mi vista, es una agradable realidad. (Con efusión). Tengo un talismán.

JAZMIN. Un talismán poderoso.

LISARDO. ¿Quién va? ¿quién sois?

JAZMIN. Vuestro genio protector. Oid. Todos los objetos vendidos en la almoneda son talismanes; pero entre ellos no hay más que dos poderosos: el vuestro y la pata de cabra adjudicada al señor de Fuentesecca. Si explotáis el vuestro con talento, podréis contrarrestar el poder del otro. Dentro de tres días perderá vuestro talismán su influencia mágica. Si antes que espire ese término no habéis conseguido la felicidad, que para vos es la mano de Florinda, viviréis eternamente desgraciado. Adiós.

LISARDO. Esperad un momento.

JAZMIN. Es imposible, Dios os guarde (Vase).

LISARDO. ¡Tres días nada más! No hay que perder un instante: vamos á arrancar á Florinda del pie de los altares: es preciso.

MUTACIÓN

La misma decoracion de la escena anterior.

ESCENA XV

BLASILLO, en el establo MARIBLANCA, sale por la izquierda trayendo la cola.

MARIBLANC. ¡Qué contento va á ponerse Blasillo con mi regalo! Esta cola dóle halagar su vanidad. Ya no se reirán más de él esos imbéciles. ¡Hola, Blasillo; estás ahí, hijo mío! Mira, te traigo un regalo. Una cola. ¡Qué mirada tan llena de agradecimiento! Te alegras, ¿eh? (El borrico mueve las orejas). Anda, pues voy á ponértela. (Préndele la cola con alfileres). Cuando digo que no hay en el mundo un borrico más inteligente... ¡Qué lástima! daría lo que más quisiera... por transformarlo en hombre. (Transfórmase en hombre el pollino. Blasillo queda vestido con una botarga gris. Conserva orejas de jumento. Debe decir los dos tercios primeros de la escena siguiente con gravedad cómica ó con la gravedad del asno, como se dice vulgarmente. Alguna que otra vez debe esforzar y prolongar las aspiraciones á guisa de ligero rebuzno. Antes de hablar mira con asombro á todas partes). ¡Ay! ¡Dios mío! ¿Qué es esto? He aquí mi deseo realizado. (Espantada). ¡Yo estoy temblando de miedo!

BLASILLO. ¡Presagio feliz, me río!
¡Hombre soy: no hay duda alguna!
Boca, nariz... ¡Qué fortuna!

MARIBLANC. (¡Esto más! Habla, Dios mío). (Con temor).

BLASILLO. ¡Qué decía! Estoy pensando

que es fortuna, á lo que entiendo,
esto de entrar yo riendo
donde entran todos llorando.
Desprecios ayer, y tranca...
hoy razón... ¡Diverso prisma!
(Repara en Mariblanca).
¿Sois Mariblanca?

MARIBLANC. (Temblando). La misma.

BLASILLO. Muchas gracias, Mariblanca.

MARIBLANC. ¿Las gracias á mí?

BLASILLO. Sí tal.

MARIBLANC. Á aceptarlas no me atrevo.

BLASILLO. Á vuestro cariño debo
la existencia racional,
la dignidad, el descanso,
y esta hermosura que veis...
(Da algunos pasos hacia ella).
¿Por qué tembláis? ¿No sabeis
que soy bonachón y manso?

MARIBLANC. ¿Al cariño?

BLASILLO. Sí, señor.

MARIBLANC. ¡Vaya un empeño gracioso!

BLASILLO. Este cambio prodigioso
es debido á vuestro amor.

MARIBLANC. No digais más desatinos,
vamos...

BLASILLO. ¿Que es desatinar?
¿No suele amor transformar
á los hombres en pollinos?

MARIBLANC. Es verdad. (Con sencillez).

BLASILLO. ¿Pues qué hay que asombre
en que de hacerlo cansado
haya esta vez transformado
por gusto á un pollino en hombre?

MARIBLANC. ¿Pero sois hombre?

BLASILLO. (Mucha gravedad para decir estas palabras). ¡Cabal!
y estoy, ó se me figura,

tal cual así de hermosura,
y de talento tal cual;
ved si no: pestañas, cejas...
dos manos, frente espaciosa,
boquita chica y graciosa
y orejas... (Se las tienta).

MARIBLANC. ¡Pero qué orejas!

BLASILLO. ¡Grandes son por vida mía!
(Asombrado del tamaño).

MARIBLANC. No de hombres.

BLASILLO. Pues hombre soy.

MARIBLANC. Entonces...

BLASILLO. Es que no estoy
desasnado todavía.
Ya tomaré mis lecciones. (Da otro paso hacia ella).
¿Pero por qué os alejáis?
¿Sin duda no recordáis
las galantes atenciones
que tuve siempre con vos,
cuando sin otra compaña
íbamos á esa montaña
en paz y en gracia de Dios?
¿Tenéis de mí muchas quejas?

MARIBLANC. ¿Que si tengo quejas dice?

BLASILLO. Una vez no más os hice
apear por las orejas,
¿os acordáis?

MARIBLANC. Sí, señor.
Bien, ¿y por qué os enojásteis?

BLASILLO. Porque un requiebro aceptásteis
del hijo de mi herrador.

MARIBLANC. Pues júzgolo un desatino.

BLASILLO. De celillos fué un exceso.

MARIBLANC. ¿De celillos? ¿Según eso,
me amábais?

BLASILLO. (Mucha gravedad). Como un pollino.
Y fiel, entre los constantes

en amor... si éste no miente (El corazón)
continúo, francamente,
tan pollino como antes.

MARIBLANC. ¿De veras?

BLASILLO. Como os lo digo.
Que haría, se me figura,
por vos cualquiera locura.

MARIBLANC. ¿Os casaríais conmigo?

BLASILLO. De ningún modo.

MARIBLANC. ¿Qué escucho?
¿Por qué?

BLASILLO. (Acción de dinero). Si de aquí no hay nada,
es esa una borricada
que debe pensarse mucho.

MARIBLANC. ¡Es verdad! Mas trabajando
con gusto y con afición...
Busquemos ocupación.

BLASILLO. En eso estaba pensando.

MARIBLANC. ¿Qué es lo que pensáis hacer?

BLASILLO. Ser *soldado*, ir á la guerra.

(Maribianca manifiesta disgusto).

¿Qué tierra es esta?

MARIBLANC. ¿Qué tierra?
tierra de España.

BLASILLO. ¡Oh placer!
Por la Virgen que me agrada.
Podéis por mi esposa daros.

MARIBLANC. ¿Á qué pensáis dedicaros?

BLASILLO. Pienso dedicarme... á nada.

MARIBLANC. Pues ¿cómo ganar el pan?

BLASILLO. (Sentencioso).
En España, sin matarse,
puede con fruto abrazarse
la profesión de holgazán.
Con un adarme de audacia
que el rubor natural venza,
dos horas de desvergüenza,

tres horas de pertinacia,
una libra de frescura,
dos libras de hipocresía,
dos más de palabrería,
y tres de desenvoltura;
una arroba de adhesión
fingida hacia aquel que mande,
otra de echarla de grande,
un quintal de adulación;
disponer una empanada
sin reparar en el modo,
hablar un poco de todo
sin saber mucho de nada,
y prepararse á seguir
el viento que ha de soplar,
hay mesa donde tragar
y cama donde dormir. (Sentencioso).

MARIBLANC. ¡Para el tonto que lo crea!
No me acomoda esa traza.

BLASILLO. Si no pediré una plaza
de maestro de una aldea.

MARIBLANC. No da mucho... pero pase;
más un...

(Imitando con las manos las orejas de un pollino).

BLASILLO. ¿Qué?

MARIBLANC. ¡Jesús María!

BLASILLO. No seré, por vida mía,
el único de la clase.
Ya veréis si encuentro franca
la puerta de un pueblecillo.

MARIBLANC. Sentencioso está el Blasillo

BLASILLO. Y hermosa la Mariblanca.

(Aspiración fuerte)

MARIBLANC. Poned la mano en el pecho.
¿No fuera mucho mejor
que os hicierais labrador?
Bajo ese rústico techo

lo halla, quien trabaja, todo:
y honrado, no envilecido...

BLASILLO. Vuestra voz me ha enternecido.
Id á buscarme acomodo,
ya que con él me brindáis.

MARIBLANC. (Muy alegre).
¿De veras trabajaréis?

BLASILLO. Como un asno.

MARIBLANC. No sabéis
la alegría que me dais

BLASILLO. Comienco una nueva vida

MARIBLANC. Veréis cómo yo os coloco.

BLASILLO. Corred.

MARIBLANC. Esperad un poco,
voy á volver en seguida.

BLASILLO. Mas decidme: ¿es ganga esa?

MARIBLANC. Aceptadla sin reparos:
nunca en ella han de faltaros
limpia cama y blanca mesa.

BLASILLO. ¿La habita alguna princesa?

MARIBLANC. Parécelo por lo franca.

BLASILLO. ¿Hay vino?

MARIBLANC. Mucho.

BLASILLO. ¿No hay tranca?

MARIBLANC. ¡Qué ha de haber! Ya veréis vos...

BLASILLO. Pues acepto.

MARIBLANC. Guárdeos Dios. (Vase corriendo).

BLASILLO. Dios os guarde, Mariblanca.

ESCENA XVI

BLASILLO; á poco, LISARDO

BLASILLO. Es gallarda la borri... ¡Iba á decir la borrica esa! Resabios de mi estado primitivo. ¡Pobre Mariblanca! ¡Creo que he nacido ambicioso! Sentiría abrigar en el corazón malas pasiones. ¡Es tan poca cosa una

aldeana! ¡Qué admirable es la Naturaleza! Voy á dedicarme desde hoy á escribir en un cuaderno mis sensaciones. Será un libro curioso. Lo titularé: «Memorias de un ex-pollino».

LISARDO. Ya debe haber llegado la comitiva. Lo importante, por lo pronto, es apoderarse de Florinda y huir con ella, si es preciso, á los países más remotos.

BLASILLO. (Muy admirado). ¡Qué gentil persona!

LISARDO. ¿Quién sois?

BLASILLO. No os lo puedo decir á punto fijo.

LISARDO. ¿Cómo os llamáis?

BLASILLO. Blasillo.

LISARDO. ¿Vuestra edad?

BLASILLO. Diez minutos.

LISARDO. ¿Os burláis?

BLASILLO. No sé mentir.

LISARDO. ¿Qué sois?

BLASILLO. Nada.

LISARDO. ¿Qué queréis ser?

BLASILLO. Algo.

LISARDO. ¿Qué habéis sido?

BLASILLO. Un asno.

LISARDO. Por vuestras contestaciones diría cualquiera que lo sois todavía. ¿Tenéis miedo?

BLASILLO. No.

LISARDO. ¿Estáis dispuesto á seguirme?

BLASILLO. Sí.

LISARDO. ¿Aunque tenga que atravesar el mundo entero?

BLASILLO. Aunque tengáis que bajar á los infiernos.

LISARDO. Desde hoy eres mi escudero. Sígueme; pero antes quiero darte una apariencia racional menos dudosa.

BLASILLO. ¿Sois poderoso?

LISARDO. Mira. (Desaparece la botarga de Blasillo: queda éste vestido á la chamberga).

BLASILLO. ¡Ajá! ¡Esto es otra cosa! ¡Gracias á Dios que eché el pelo completamente! Te quedaste sin novio, Mariblanca.

LISARDO. Van á empezar los peligros, ven.

BLASILLO. Un momento.

LISARDO. ¿Vacilas?

BLASILLO. No es eso, sino que vuestro sombrerero se ha olvidado de mandarme el chambergo.

LISARDO. Tira. (Presenta el suyo, del cual, tirando, saca otro Blasillo).

BLASILLO. ¿Sois brujo por ventura?

LISARDO. Un poco.

BLASILLO. ¿Y con qué he de defenderme si me acometen?

LISARDO. Con esta espada.

BLASILLO. ¿Con cuál?

LISARDO. Tira. (Preséntale el ramo. Tira una flor Blasillo y saca una espada).

ESCENA XVII

DICHOS; FLORINDA y MARIBLANCA

FUENTLSEC. (Dentro). Detenedla.

VOZ. (Dentro). Sujetad esos caballos.

FLORINDA. ¡Favor! ¡Socorro! (Con precipitacion). Amparadme, por la Virgen, caballero. ¡Ah! ¿sois vos, Lisardo?

LISARDO. ¡Florinda!

FLORINDA. Pretenden conducirme muy lejos de aquí para separarnos.

LISARDO. Nada temáis: venid conmigo. Yo os pondré al abrigo de las persecuciones de mi rival. Síguenos, Blasillo. (Suben Lisardo y Florinda á la colina).

MARIBLANC. Ya he conseguido vuestra colocación. (A Blasillo). ¡Calle! ¡qué buen mozo!

BLASILLO. (Con importante desdén). Regular.

MARIBLANC. Cuando gustéis...

BLASILLO. Á la otra puerta. (Vuelve la espalda).

MARIBLANC. ¿Qué, os vais? ¿Adónde?

BLASILLO. Ahí cerquita. Á la China.

MARIBLANC. ¿Y vuestra palabra?

BLASILLO. Aquello no fué más que una burrada. (Con desprecio). Yo merezco una princesa, no una fregona.

MARIBLANC. ¿Pero tenéis valor para abandonarme?

BLASILLO. Yo volveré dentro de treinta ó cuarenta años.

MARIBLANC. ¡Bribón!

BLASILLO. Quisiera, no obstante, hermosa Mariblanca, llevarme un recuerdo vuestro.

MARIBLANC. ¿Un recuerdo?

BLASILLO. Sí, pichona mía.

MARIBLANC. Tomad. (Le da un enorme bofetón).

BLASILLO. ¡Ay! pues no se me borrará tan fácilmente.

ESCENA XVIII

DICHOS; MAESE PEDRO y FUENTESECA

M. PEDRO. ¿Dónde está ese rebelde?

FUENTESEC. ¡Qué infamia! Vedla ahí.

M. PEDRO. ¿Con Lisardo? Voy á matarle.

LISARDO. Llegaos si os atrevéis.

BLASILLO. Llegaos, sí.

FUENTESEC. Á ellos.

LISARDO. ¡Es inútil, insensatos, mirad! (Transfórmase el teatro en una marina fantástica, en la que se ven sirenas, tritones, delfines, caballos marinos, etc. Cascadas, saltos de agua, arcadas de estalactitas. En el centro quedan elevados en un templete de lo mismo Florinda y Lisardo. Blasillo montado sobre una tortuga. Fuenteseca y Maese Pedro se convierten en estatuas y se elevan sobre pedestales).

FUENTESEC. }
M. PEDRO. } (Transformándose). ¡Ay!

BLASILLO. ¡Hombre, qué bonito! ¡Já, já! ¡Pobre Mariblanca! Te has quedado con un palmo de narices. (Con burla).

Á ver si tu amor alcanza
á pescarme cualquier día.

MARIBLANC. Yo os juro, por vida mía, (Con indignación).
que sabré tomar venganza.

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

Selva corta.—A la izquierda, en primer término, un gran peñón; otro á la derecha.

ESCENA PRIMERA

FLORINDA, LISARDO y BLASILLO

LISARDO. He aquí un sombrío collado donde poder tomar aliento.

FLORINDA. Bien necesito un descanso reparador. Tengo la cabeza trastornada. ¡Es tan extraordinario cuanto nos sucede!

BLASILLO. ¿Que si es extraño? Ya lo creo; como que ocurre por arte de mágica.

FLORINDA. ¿Conque sois brujo, según eso?

LISARDO. Brujo precisamente, no; pero...

BLASILLO. Pero le falta poco.

LISARDO. Calla.

BLASILLO. Callo.

LISARDO. Poseo un talismán, cuya influencia mágica durará sólo tres días, en cuyo término podré conseguir tu mano, según me ha indicado mi genio protector;

pero para ello es preciso contrarrestar el poder del amuleto que posee mi rival.

FLORINDA. ¿Posee alguno?

LISARDO. Más poderoso que el mío. La pata de cabra lo adquirió como yo en la almoneda de Fausto el encantador. Eran talismanes todos los objetos que se vendieron en ella.

BLASILLO. Allí se compró también mi cola.

LISARDO. Calla.

BLASILLO. Calla.

FLORINDA. ¡Y la tamita de oro que lloro perdida!

LISARDO. Dudoso yo de cómo había de emplear mi talismán para conseguir mi principal deseo, que es nuestro enlace, invoqué á mi genio en el camino que conduce á tu quinta desde el castillo. Apareciósenme efectivamente, y me dijo:—La pata de cabra pierde su influjo durante una hora cada día.—¿Es siempre la misma?—No; solamente en uno de esos períodos podrás conseguir la mano de Florinda. Tres días durará el poder de tus píldoras, tres horas favorables tendrás en ellos: utilízalas—me dijo, y desapareció.

FLORINDA. ¡Cosa más particular!

LISARDO. De manera que heme aquí con las mismas dudas de antes. ¿Cómo adivinar la hora en que ese talismán pierde su influencia? Y de no adivinarla, ¿cómo casarme contigo?

FLORINDA. Dios nos protegerá. ¿Sales, Lisardo, que el paseo me ha abierto el apetito?

LISARDO. ¿Almorzarías?

FLORINDA. De buena gana; pero quiero un almuerzo frugal.

BLASILLO. (¿Frugal? No he probado nunca ese plato.)

LISARDO. ¿Dónde quieres la mesa?

FLORINDA. En cualquier parte.

LISARDO. Hola allí. (Ábrese el *peñón de la izquierda*. Aparece dentro de él una mesita rústica cubierta de manjares).

BLASILLO. Gracias: sois muy galante. (Dirígese hacia la mesa.)

LISARDO. Aparta, necio. (Dale un puntapié).

BLASILLO. ¡Ah! yo creí que era la mía. Vamos, estará al otro lado. (Llégase al peñón de la derecha). Chis, eh, á ver, ábrete. Vamos, hombre, no juegues; ábrete... no, pues no se abre. ¡Señor!

LISARDO. ¿Qué quieres?

BLASILLO. Palabra. Ten la bondad de tragarte una píldorita.

LISARDO. ¿Para qué?

BLASILLO. Para que me den pienso... digo, para que me sirvan algo. ¡Malditos resabios!

LISARDO. Quita allá. ¿Te has propuesto aburrirme? (Al ver que el peñón donde entró Florinda se cierra, recobrando su forma primitiva). ¡Cielos!

BLASILLO. Piff... se afufó. (Retrocede hasta tocar con la espalda el peñón de la derecha).

LISARDO. ¡Florinda, Florinda mía!

ESCENA II

DICHOS y MARIBLANCA, á quien da paso el peñón de la derecha. Viene vestida de gitana; trae en la mano una varita mágica.

MARIBLANC. Paso. Toma. (Le da un bofetón).

BLASILLO. ¡Ay! y van dos.

MARIBLANC. Es inútil que llames á Florinda.

LISARDO. ¿Quién va? ¿Quién eres?

BLASILLO. (Tentándose el carrillo). Por la mano parece Mariblanca.

MARIBLANC. La misma soy.

BLASILLO. ¿Qué?

LISARDO. ¿Tú en ese traje?

MARIBLANC. ¿De qué te admiras? ¿No llevas tú ese?

LISARDO. Es verdad. ¿Y Florinda?

MARIBLANC. Ya habrá llegado á casa de Fuenteseca.

BLASILLO. Pues ni que fuera un galgo. (¡Ay, cómo me mira! ¿Me escaparé sin otro?)

LISARDO. ¿Quién me la ha robado?

MARIBLANC. Tu genio enemigo.

LISARDO. ¿Y no podré hablarla?

MARIBLANC. Verla y hablarla, sí; apoderarte de ella, creo que será imposible.

LISARDO. ¿Y si quisiera verla en este momento?

MARIBLANC. Podrías conseguirlo. Dirígete al palacio de Fuenteseca, pero no confíes en arrancarla de él.

LISARDO. Véala yo cerca de mí, que no han de faltarme medios de conseguirlo. Sígueme, Blasillo (Vase).

MARIBLANC. Vete solo. Blasillo se queda conmigo.

BLASILLO. (¿No lo dije? Sopapina tenemos).

MARIBLANC. Probablemente llegará antes que tú.

BLASILLO. (Esto es que me va á mandar por los aires de un moquete. ¿Qué colardía? ¿Por que la de tener á una fregona un caballero que cine espada? Fuera miedo, y salga el sol por Antequera. Á ver si la asusto con mi gallardía).

ESCENA III

BLASILLO y MARIBLANCA. Momentos de pausa. Toman ambos una actitud altanera. Blasillo ladéase el sombrero y coloca la mano en el pomo de la espada.

MARIBLANC. (Con desaro). ¿Qué mira el lacayo?

BLASILLO. ¿Y qué la gitana?

MARIBLANC. Conteste él primero.

BLASILLO. Primero la maga.

MARIBLANC. Conteste.

BLASILLO. (Con aire de exagerada importancia).

Es más propio
de gentes hidalgas,
que llevan pendiente
del cinto la espada,
usar de la lengua
después de las damas.

MARIBLANC. Es fino el lacayo. (Con ironía).

BLASILLO. También la gitana. (Secamente).

MARIBLANC. Comienzo.
BLASILLO. Ya escucho.
Sed clara.
MARIBLANC. Muy clara.
BLASILLO. Sed breve.
MARIBLANC. Muy breve...
relámpago y agua.
Vivía lo hai mucho
en quinta cercana
del sitio en que estamos,
y en mísera estancia...
un... un... no me atrevo... (Con fuerza).
BLASILLO ¡Un asno: sed clara!
MARIBLANC. Sentía ofenderos.
BLASILLO ¿Á mí? ¿Por qué causa?
Ni niego mi origen
ni escondo mi cara:
MARIBLANC. Callad el lacayo. (Con altanería).
BLASILLO. Seguid la gitana.
MARIBLANC. Tenía el que digo...
BLASILLO. Dos pares de patas,
color ceniciento,
blanquizca la panza
y, en fin, dos orejas
tamaño de largas.
Es fiel el retrato:
ya estáis despachada.
MARIBLANC. Aún falta la cola.
BLASILLO. La cola no falta.
Si habéis de ser justa,
decid que faltaba:
faltó, no lo niego;
¿y en qué no habrá faltas?
Faltóme, repito,
y al ver que faltaba,
faltóos el tiempo
y á todo faltábais

por no verme falto
de cola rizada.
Si pudo faltarme,
no me hace ya falta,
y fáltenme el cielo
si falto yo á nada.
Pues no faltaria
sino que faltara.

MARIBLANC. No os falta la bragna
ni os faltan palabras.

BLASILLO. Ni á vos travesura,
descaro, ni gracia...

MARIBLANC. Prosiga... el lacayo. (Con coquetería.)

BLASILLO. Seguid... la gitana. (Afectando.)

MARIBLANC. Dejemos la historia
por triste y por larga.
Al verme allí sola,
por vos despreciada,
á genios malévolos,
doctores en magia,
su gracia pedíles...

BLASILLO ¡Pues vaya una gracia!

MARIBLANC. Los genios me oyeron...
é hiciéronme maga.

BLASILLO. Y ¿cuál es tu intento?

MARIBLANC. ¿Mi intento? ¡Venganza!

BLASILLO No temo tus iras. (Con desdén.)

MARIBLANC. Pues de ellas te guarda,
que todo lo intenta
mujer despechada.
Des le hoy, no lo olvides,
do quiera que vayas
(Esta tirada de versos debe decirse con un tinte oscuro que solo el talento de la actriz puede adivinar).
seguirte verásme
cual siguen al agua
los ágiles peces,

la flor á las plantas,
la abeja á las flores,
y al campo sus galas.
¡Casarte... es delirio!
¡Amar... es bolado!
¡No verme... imposible!
¡Vencer... cosa vana!
Y así es lo más cuerdo
rendirme las armas,
y más que por fuerza,
rendirías por gracia.
Que *bien te merezco*,
lo dicen mis ansias:
que puedo vencerte,
lo dice esta vara:
ya ves que es locura
querer la batalla.
Discurre, contempla,
medita, repara;
lo observa, lo mira,
lo piensa, lo allana,
y elige la senda
que juzgues más ancha;
ó ser mi marido,
ó muerte cercana.
Ya ves, el lacayo,
que peco de clara. (Con insolencia).

BLASILLO. ¿Qué importan tus iras,
ni qué tu venganza?
Desde hoy, no lo olvides,
del punto á que vayas,
huir has de verme
cual huyen las aguas
del prístigo origen
do límpidas manan,
cual huye el cervato
del perro de caza,

y aquel que algo debe,
si no tiene blanca,
de aquel que le sigue
pidiendo la paga.
¡Pesearme... es delirio!
¡Quererme... es bobada!
¡Seguirme... imposible!
¡Vencer... cosa llana!
Y así es poco cuerdo
rendirte las armas.
Que no me mereces,
lo dice esta pereza;
que puedo rendirte,
lo dice esta espada;
ya ves que es cordura
querer la batalla.
Discurre, contempla,
medita, repara:
lo observa, lo mira,
lo piensa, lo masca,
y dime en conciencia
si vale esa cara
mi esbelta y mi noble
persona gallarda.
En fin, te desprecio (Más viveza).
por tonta, por sandia,
por necia, por fea,
por bruja, por maga,
y elijo la muerte:
ya ves, la gitana,
que peco de claro
si pecas de clara. (Recobra su actitud altanera).

MARIBLANC. Pues guerra.

BLASILLO. (Muy ligado y con fuerza progresiva hasta el final).
Pues guerra.

MARIBLANC. Sangrienta...

BLASILLO. Inhumana.

MARIBLANC. Sin tregua...
BLASILLO. Sin tregua.
MARIBLANC. Quien caiga...
BLASILLO. Que caiga.
MARIBLANC. Comiencen los hechos.
BLASILLO. Acaben palabras.
MARIBLANC. ¡Con Dios, el lacayo! (Vase por la derecha).
BLASILLO. ¡Con él la gitana!
(Ni el Cid en bravura
me lleva ventaja). (Vase por la izquierda).

MUTACIÓN

Parque del palacio de Fuenteseca.—En el centro de una calle de árboles y estatuas hay un magnífico pedestal: sobre él una estatua ecuestre. A derecha é izquierda, en primer término, dos hermosos sauces corpóreos ó de la clase más conveniente al maquinista para la transformación que han de sufrir. Junto á cada uno de ellos un rosal. En segundo término de la derecha é izquierda, dos pajareras chinescas. Vese en el telón del foro el palacio de Fuenteseca. A esta decoración debe dársele un aspecto risueño y agradable.

ESCENA IV

FUENTESECA, MAESE PEDRO y CATALINA

FUENTESEC. ¡Que venga ahora ese miserable pastorzuelo á contrarrestar mi poder!
M. PEDRO. ¿Conque la pata de cabra es un talismán poderoso?
FUENTESEC. Poderosísimo. Con su ayuda podré conseguir todo cuanto me viniere en gana.
M. PEDRO. ¡Quién lo hubiera sabido! No, no os lo habríais llevado tan barato en la subasta.
FUENTESEC. Pero teniéndolo yo, figuraos que es vuestro.
M. PEDRO. Es verdad, todo se queda en casa. Y yo que arrojé mi caja de polvo lleno de miedo.

CATALINA. ¿Y habéis experimentado ya su poder?

FUENTESEC. Mucho que sí. Acabo de convertir en gato á mi cocinero, en castigo de haberme servido una tortilla excesivamente salada.

M.ª PEDRO. Mejor os estuviera pensar en Florinda y en los medios de destruir por completo el poder de Lisardo.

FUENTESEC. En cuanto á ese particular, estoy tranquilo. Mari-Blanca que, como sabéis, al verse despreciada de Blasillo, se ha vuelto bruja, merced á la cola que compró en la almoneda de Fausto, me ha prometido velar por mí. En las horas en que la pata de cabra esté cesante, excitará las pasiones del corazon de Lisardo por medio de su mágica fascinacion; y como el talismán de Lisardo dejará de serlo dentro de tres días, pasado ese tiempo podré yo casarme impunemente con Florinda, si antes no he tenido ocasión de conseguirlo. Lisardo es joven y no podrá resistir á los encantos de la hechicería.

M. PEDRO. ¡Ah!

FUENTESEC. Conque ya veis si puedo estar tranquilo. Pero no perdamos el tiempo en inútiles razonamientos. Lisardo es más que probable que venga por estos alrededores con objeto de descubrir el paradero de Florinda. Aunque lo descubra, no creo posible un rapto. No obstante, por lo que pueda ocurrir, he puesto mi casa en pie de guerra, y si seguís mis instrucciones, nada tenemos que temer.

CATALINA. Descuidad.

M. PEDRO. Podéis dormir á pierna suelta.

FUENTESEC. Ea, partid. (Vase Catalina).

M. PEDRO. Una palabra. ¿Podéis prestarme vuestro talismán por espacio de cinco minutos?

FUENTESEC. ¿Con qué objeto?

M. PEDRO. Con el de entusiasmar al ejército al tiempo de dirigirle la palabra.

FUENTESEC. No hay inconveniente, tomad. (Le entrega la pata de cabra).

M. PEDRO. Ni Cicerón se igualará conmigo. Querido yerno, quedad con Dios. (Vase por la derecha).

FUENTESEC. Id con él, querido suegro. (Con audaces como Lisardo nunca hay bastantes precauciones.) (Vase por la izquierda).

ESCENA V

BLASILLO, por escotillón.

BLASILLO. Gracias, amigo mío, muchas gracias. Adiós, y no apaguéis vuestra linterna si no estáis de humor de aplastaros las narices contra cualquiera de estas rocas... ¡Pues señor, es una delicia esto de la magia! Merced á una píldora que sustraje de la caja de mi amo, deseo venir al jardín de Fuentesecca, y heme en el jardín: por cierto que he traído un acompañante de gusto. ¡Cara más fea! Es hermoso este jardín. ¿Quién viene? ¡Ah! es Fuentesecca. Manos á la obra... y á ver si descubrimos la verdad. (Paseándose con aire importante).

ESCENA VI

BLASILLO y FUENTESECA

FUENTESEC. (Todo está tranquilo; no hay el menor síntoma de insurrección.) ¿Qué? (Reparando en Blasillo). ¡Un extraño aquí!

BLASILLO. (Ya me ha visto.) (Vuélvese de espaldas).

FUENTESEC. (¿Se vuelve de espaldas? ¡Es cortés, por vida mía!) Servidor, hidalgo.

BLASILLO. (Con desdén). ¿Hu?

FUENTESEC. ¿Qué? (Hay cosa como esta?) ¡Eh, señor mío, señor mío!

BLASILLO. (Con desdén). No me molestes, muchacho, no me molestes, déjame en paz.

FUENTESEC. ¡Cómo que os deje en paz! ¿Me queréis decir con qué derecho estáis en este sitio?

BLASILLO. ¿Y queréis vos decirme con qué derecho me dirigís esa pregunta?

FUENTESEC. Con el de la propiedad. Sabed que soy el dueño de esta finca.

BLASILLO. El dueño de... Perdonad, pero os había tomado por un... como tenéis esa facha de cochero...

FUENTESEC. (Pues no hay duda que se va enmendando).

BLASILLO. ¡Quién había de suponer!... En fin, os pido mil perdones. (Con adulación). Tenéis un parque magnífico.

FUENTESEC. (Disgustado). Sí, ¿eh?

BLASILLO. Veo que seguís incomodado... Vuelvo á rogaros que me perdoneis... No extrañéis que os desconozca, como soy forastero...

FUENTESEC. ¡Ah! ¡Sois forastero!... (Irónia). ¿Natural de la Alcarria?

BLASILLO. De Extremadura.

FUENTESEC. Ya: vamos, un choricero. ¡Venís á vender embutidos!

BLASILLO. Vengo á comprar ganados; pero este objeto es secundario. (Confidencialmente). El principal es otro.

FUENTESEC. ¿Cuál?

BLASILLO. Asistir á una boda que si ha producido en todas las provincias el mismo efecto que en Extremadura, debe estar siendo actualmente la irrisión de toda España.

FUENTESEC. (Escamado). ¿Y dónde debe verificarse esa boda?

BLASILLO. Aquí, en las cercanías de Madrid.

FUENTESEC. ¿Y entre quiénes?

BLASILLO. Entre una niña de quince abriles y un viejo setentón. Ella bonita, él feo; ella discreta, él tonto, pero... (En confianza). tonto de capirote.

FUENTESEC. (Crece la escama de Fuentesecá). ¿Y sabéis sus nombres?

BLASILLO. La niña se llama Florinda.

FUENTESEC. ¿Y él?

BLASILLO. El señor de Fuentesecá.

FUENTESEC. (Estallando). ¡Rayos del cielo!

BLASILLO. ¿Qué os ha dado?

FUENTESEC. Choricero, vas á fenecer.

BLASILLO. ¿Yo?

FUENTESEC. ¡Vas á fenecer, choricero! ¡Una espada!

BLASILLO. Pero ¿por qué?

FUENTESEC. Muérete; soy Fuenteseca.

BLASILLO. ¡Vos! Soy un imbécil.

FUENTESEC. Empiezas á temerme, ¿no es verdad? ¡Una espada!

BLASILLO. Digo que soy un imbécil porque no os he reconocido en vista de la exactitud de los informes.

FUENTESEC. ¡Esto más! Vais á batiros conmigo. Voy á traer mis armas.

BLASILLO. Si no queréis incomodaros, tomadlas de allí. (Señala un rosal).

FUENTESEC. ¿De dónde?

BLASILLO. De aquella panoplia. (Conviértense en panoplias los rosales).

FUENTESEC. (Con temor). ¡Demonio, es brujo como yo!

BLASILLO. ¿Qué es eso? ¿Tienes miedo? (Toma Fuenteseca la espada, que después de desnuda conviértese en plumero).

FUENTESEC. ¿Miedo un Fuenteseca? Poneos en guardia.

BLASILLO. (Con burla). ¡Calla; un plumero! Limpiadme los zapatos, caballero. (Fuenteseca deja la espada y toma la daga, que se convierte en abanico).

FUENTESEC. No la quiero: con la daga me sobra. ¿Otra?

BLASILLO. Refrescaos, amigo mío, refrescaos.

FUENTESEC. Sabes que no me asustan las brujerías. ¡Yo también soy hechicero!

BLASILLO. No de cara, por cierto.

FUENTESEC. ¡Y podéis agradecer la vida á que no tengo encima mi talismán en este momento!

BLASILLO. (¡Qué buena ocasión!) (Tomando una espada de la panoplia de la derecha). Ea, podéis tirar.

FUENTESEC. ¡Asesino! (Porque Blasillo le acomete).

BLASILLO. (Tirándole estocadas). Os voy á dividir el corazón.

FUENTESEC. ¡Favor!... ¡Socorro!... Maese Pedro, traed mi talismán.

BLASILLO. ¡Muere, perro!

FUENTESEC. ¡Ay! (Blasillo atraviesa de una estocada el pecho de Fuenteseca, dejándole clavado sobre el árbol de la izquierda. Toma acto continuo otra espada de la panoplia).

ESCENA VII

DICHOS y MAESE PEDRO

M. PEDRO. ¿Qué os ocurre, querido yerno? ¡Jesús, qué horror!

BLASILLO. ¡Ahora me pagarás los palos que me has dado en esta vida, bergante! (Acomete espada en mano á Maese Pedro).

M. PEDRO. ¡Ay!... ¡Que me matan, que me matan! ¡Á mí los arcabuceros!

BLASILLO. No han de valerte los gritos. Toma. (Tírale una estocada y deja clavado á Maese Pedro en el árbol corpóreo de la derecha. El público debe ver las empuñaduras de las espadas que atraviesan á Maese Pedro y Fuenteseca. Toma Blasillo de la panoplia una tercera espada, que envaina después de tomarla).

M. PEDRO. ¡Huy!

BLASILLO. ¡Soy un héroe! Vengan hombres, que voy á despacharlos uno á uno como si fueran hormigas. (Resollando fuerte). ¡Brr!...

FUENTESEC. Tened compasión de nosotros por las once mil vírgenes.

M. PEDRO. Por los clavos de Jesús os lo pedimos.

BLASILLO. Muy bien, señores míos, muy bien. ¡Já, já! (A Fuenteseca). Lorito, ¿eres casado? (A Maese Pedro). ¡Saca la pata! Aquí soy yo el poderoso. Tú, Fuenteseca, aprende en ese tormento á no despreciar á los villanos, y tú, Maese Pedro, á apalear menos á los cuadrúpedos.

M. PEDRO. Pero ¿qué tienen que ver los cuadrúpedos con lo que nos está pasando?

BLASILLO. Sabed y espantaos que soy Blasillo.

FUENTESEC. Debíamos haberlo conocido, señor mío, porque lo que estáis haciendo con nosotros es una insigne borricada.

M. Pedro. Advertid, querido yerno, que no es esta buena ocasión de insultos.

Fuenteseca. ¿Qué habéis hecho de mi talismán?

M. Pedro. Se lo entregué á Catalina para que *desengatara* al cocinero, cuyas funciones hacían mucha falta.

Fuenteseca. ¡Qué poca previsión! ¡Llamadla!

Blasillo. Llamadla si os atrevéis. Antes de pronunciar la segunda sílaba de su nombre, habrán cortado esas espadas el hilo de vuestra existencia.

Fuenteseca. Pero si hemos de morir de todos modos, vamos á morir defendiéndonos. (Gritando). ¡Á mí los criados!

M. Pedro. ¡Catalina!

Blasillo. Yo os haré enmudecer.

Fuenteseca. Agua.

M. Pedro. Agua.

Blasillo. Eso es otra cosa. Voy á cumplir vuestro deseo.

M. Pedro. ¡Favor!

Fuenteseca. ¡Socorro!

Blasillo. Reuníos, amantes desgraciados, y enmudeced vosotros. (Abrese el pedestal del centro, convirtiendose en un magnífico cuadro de flores, dentro del cual se hallan Lisardo y Florinda. La estatua ecuestre queda convertida en templete. Aparece en él Jazmin. Los árboles sobre los cuales están clavados Fuenteseca y Maese Pedro se transforman en hermosas fuentes con vistosos juegos de agua. Maese Pedro y Fuenteseca echan un grueso caño de agua por la boca. Aparecen junto á las pajareras dos grupos de criados armados).

Criados. ¡Á ellos!

Blasillo. ¡Fuera de aquí! (Conviértense las pajareras en dos bocas de caverna, de las cuales salen fieras y pajarracos de gran tamaño, que persiguen á los criados).

Jazmin. Cesa por espacio de una hora el poder de la pata de cabra.

Maribianc. (Que sale de un pedestal que le abre paso cubierta con una túnica de hechicero). Sí, pero comienza el mío.

Blasillo. ¡Está fresquita, señores! No haya miedo que se pare

ninguna espina en la garganta. ¡Já, já! Buen provecho... ¡Já, já!

MUTACIÓN

Selva corta.—A la izquierda, la fachada de una venta con puerta practicable, sobre la cual, á su tiempo, ha de aparecer este letrero: *Venta del Brujo*.

ESCENA VIII

FLORINDA, LISARDO y BLASILLO; después, MARIBLANCA, vestida de ventera.

BLASILLO. Y os hubiera reunido aun cuando hubiera tenido que luchar con una falange de brujos.

FLORINDA. No puedo recordar sin sonreirme la cara que ponía Fuenteseca para arrojar el agua.

BLASILLO. Pues no tenía nada de seca la fuente en que yo le convertí. Digo, si en vez de arrojar el agua hubiera tenido que tragársela, ya habría reventado á estas horas.

LISARDO. ¿Qué venta es esa? (Aparece el letrero).

BLASILLO. (Leyendo). La venta del Brujo.

LISARDO. Entremos en ella, Florinda mía, y discurramos el medio de ponernos al abrigo de las persecuciones de tu padre y de mi odioso rival.

FLORINDA. Como gustes.

BLASILLO. (Llamando á la puerta de la venta). ¡Ah de la venta!

MARIBLANC. (Saliendo). ¿Quién va?

BLASILLO. ¿Hay posada para tres personas que comen poco y pagan mucho?

MARIBLANC. (Ellos son). Sí hay. Adelante, señores; no me retardéis el placer de ver honrada mi venta con unos huéspedes tan nobles como vosotros.

LISARDO. ¡Qué ventera tan fina!

BLASILLO. ¿Á ver? (Tocándola una mano). Fina es por vida mía como una pieza de velludo.

MARIBLANC. Entrad con Dios, señores míos. (A Basilio, después de haber entrado Floranda y Lisardo) Pasad.

BLASILLO. Después de vos. ¡Ay, qué ojillos tan retrecheros! (Tocándola la mano segunda vez).

MARIBLANC. ¡Eh! ¿Qué habéis hecho?

BLASILLO. Nada: os estaba espantando un mosquito (¡Caramba si es fina!)

MARIBLANC. Pase por esta. Seguidme.

BLASILLO. (Entrando en la venta). ¡Ay, ay, ay!

MUTACIÓN

Interior de la venta.

ESCENA IX

ESTUDIANTES, REPRESENTANTES, ARRIEROS y ACOMPAÑAMIENTO. Aparecen tocando y cantando. Mucha animación, guitarras, flautas y panderetas.

(Canta el coro una copla).

ESTUD. 1.° Pero ¿qué trabajo os costará recitarnos una relación de Argenis y Poliarco?

REP. 1.° Tengo la garganta en carne viva.

ESTUD. 2.° No importa... recitadla.

VARIOS. Sí, sí; que la recite.

REP. 1.° Pues que baile conmigo una seguidilla la Argandeña.

UNA MUJER. ¿Conmigo? Baile vuesa merced con la Peiona, que ha sido su pareja toda la noche.

REP. 1.° Miren la celosilla.

VARIOS. ¡Oh!

MUJER. ¿De quién?... (Con desprecio). ¡Bah!

ESCENA X

DICHOS; FLORINDA, LISARDO, BLASILLO y MARIBLANCA, por la puerta de la derecha.

MARIBLANC. Adelante, señores.

LISARDO. Buenos días.

VARIOS. Felices los dé Dios. (Sigue la música, pero de modo que no sofoque el diálogo).

FLORINDA. (Con disgusto). ¡Cuánta gente!

LISARDO. Ventera, hacednos el favor de darnos un cuarto.

MARIBLANC. La señora puede instalarse en ese desde luego. (Uno de la izquierda).

LISARDO. Vamos. (Coge á Florinda de la mano y se dispone á marchar).

MARIBLANC. Perdonad, señor galán; vos ocuparéis el de en frente con vuestro criado. No tengáis pena por esta dama, que nada ha de faltarle. Yo destinaré inmediatamente una doncella á su servicio.

BLASILLO. Destinadme á mí otra, si os parece, porque vengo rendidísimo.

LISARDO. Calla.

BLASILLO. Callo.

LISARDO. Hasta después, Florinda mía.

MARIBLANC. Lorenza, acompaña y sirve á esta señora. (Caísteis en el lazo). (Al acompañamiento). Vosotros, señores, tened la bondad de pasar al corral, donde no incomodaréis á los huéspedes con vuestra música. (Vase Florinda acompañada de una moza).

BLASILLO. (Con mal modo). Eso, eso; al corral, á divertir á las gallinas, que aquí no estamos para jaleo.

MARIBLANC. Estos señores están muy cansados, y...

BLASILLO. Y no queremos solías, claro. Vaya con la gentecilla.

VARIOS. (Dirigiéndose hostilmente á Blasillo). ¿Qué es eso de...?

LISARDO. ¡Eh!... Haya paz. Ventera, mandad traer unos jarros de lo tinto para que beban á mi salud. ¡Siempre estás dispuesto á armar peloteras!

BLASILLO. ¡Como soy tan bravo!

LISARDO. Vosotros, señores, hacedme la merced de obsequiar con un par de coplas á mi futura esposa. (A una orden de Mariblanca, dos criados sacan jarros con vino y vasos. Beben el coro y el acompañamiento).

VARIOS. Con mil amores.

BLASILLO. ¿Quieres que yo las cante?

LISARDO. Si estos señores lo permiten...

ESTUD. 1.° ¿Por qué no? Adios á un lado. Cantad hasta que os plazca, amigo mío. (Le da la mano á Blasillo). Echémosle tierra á nuestra penitencia.

BLASILLO. No, mejor será que echemos vino.

VARIOS. Bueno.

OTROS. ¡Olé! (Blasillo sirve vino á los del acompañamiento).

OTROS. Á beber.

MÚSICA.—JOTA.

BLASILLO.
Dichoso el galan, Florinda,
que tu hermosa cara sigue,
porque sin mirar al Norte
tiene estrella que le guíe.
Cuando los ojos alzas
al cielo tú,
sus luceros brillantes
pierden la luz.
Deja, por Dios, que luzcan
quietos allí;
no á los luceros miles,
mírame á mí.

CORO.
Cuando los ojos alzas
al cielo tú,
etc., etc., etc., etc.

LISARDO. Ea, señores, muchas gracias.

MARIBLANC. Vamos, apurad el último trago, y cese por completo vuestra música. Permitid que el sueño repare el cansancio de aquella señora.

VARIOS. Felices dias. (Los criados retiran los vasos y los jarros).

OTROS. Buen viaje. (Vanse los del acompañamiento por la derecha)

BLASILLO. Id con Dios, buenas gentes, y si alguna vez necesitáis que os acorra en algún peligro, ya sabéis los puntos que calza mi valor. Llamadme sin cortedad, Adiós, adiós.

MARIBLANC. ¿Y vuesa merced, no desea unos bartolillos y una copa del rancio mientras se dispone la yanta? (Pone sobre la mesa vino y bartolillos que ha traido un criado).

LISARDO. Si deseo, deliciosa ventera.

MARIBLANC. Voy á serviros en un rato. (Lisardo y Blasillo sentanse á la mesa, colocados en el centro).

BLASILLO. (Esa ventera me... me... ¡Ay!)

LISARDO. ¿Estás enfermo? ¿Qué tienes?

BLASILLO. Dolor de muelas.

LISARDO. Ea, escánciame, y bebe tú.

MARIBLANC. (¡Beber! ese licor infernal que adormece los sentidos, infelices! (Mirando á Mariblanca vierte Blasillo el vino sobre la mesa).

LISARDO. Pero ¿qué haces, majadero? No ves que viertes el vino sobre la mesa?

BLASILLO. ¿Que vierto el...? ¡Pues es verdad!

MARIBLANC. (Riendo). ¡Já, já!

BLASILLO. ¡Já, já! (¡Hombre, que alegrilla es!)

MARIBLANC. Dadme acá la botella; yo os escanciaré. (Escancia).

BLASILLO. Ventera, sois... sois...

MARIBLANC. Qué.

BLASILLO. Un bartolillo... venga un bartolillo.

MARIBLANC. Bebed.

BLASILLO. Á vuestra salud. (Bebe).

MARIBLANC. Gracias.

BLASILLO. (Ofreciendola un vaso). Probadlo, ventera.

MARIBLANC. Imposible, me haría daño: estoy en ayunas todavía.

BLASILLO. ¿Conque en ayunas? ¡Ay! Pues ya, ya podíais desayunaros. ¡Á vuestra salud! (Bebe).

LISARDO. ¿Queréis servirme otro vaso?

MARIBLANC. Con mil amores.

LISARDO. Es restaurador este vinillo.

BLASILLO. Otro traguete. (Bebe).

MARIBLANC. Tomad.

LISARDO. (¡Es particular... se me oscurece la vista!)

MARIBLANC. (La embriaguez debe sobrevenir inmediatamente).

BLASILLO. ¡Já, já! ¡Hombre, me corre ya la alegría por todo el cuerpo! (Ebrio ya). Ventera... apoyad los codos sobre la mesa.

MARIBLANC. Oste, señor escudero. (Desviándose de la mesa).

BLASILLO. ¿Qué? Hombre, ¡qué honor para mí! ¡Jesús! Me nombran sultán de Constantinopla!

LISARDO. (Ebrio también). Siento embriagados mis sentidos... y... un velo densísimo cubre... ¡Ah! (Se queda medio dormido).

BLASILLO. Otro traguete... vente.

MARIBLANC. (Dormid, incautos. Yo, entre tanto, volveré á Florinda al palacio de Fuenteseca). (Entra en el cuarto de la izquierda).

ESCENA XI

LISARDO y BLASILLO; poco después, MARIBLANCA

BLASILLO. Que le corten el pescuezo á ese mancebo mameluco. ¡Já, já! Nada, no hay perdón. ¡Robar dos dátiles de mi jardín! ¡Pues es una friolera! (Lastímase la nariz sobre la mesa). ¡Ay! Me han dado con la sublime puerta en las narices!

LISARDO. (En sueños). Gozar, esa es la vida... Un tejido de placeres.

BLASILLO. Adelante, bajá... sentaos; id con cuidado, no sea que os muerda mi faldero alguna de vuestras colas. ¿Qué hay de cosas? ¿Á quién le cortamos la cabeza? ¡Hombre! ¿Conque esas tenemos? ¡Ay, señores chinos, yo os aseguro que no jugaréis con el gran turco! Rascadme esta pantorrilla. Bajá... ¿cómo no limpian estas alfombras todo lo necesario?...

LISARDO. (Adormecido). Os amo á todas... á todas... sois bellísimas.

BLASILLO. ¡Quién lo había de decir de los chinos!... (Más ebrio cada momento). Tan pelados y tan... Rascadme esa otra... Bajá... Gracias. Pues bien, declaradles la guerra... porque... Perdonad, bajá, pero me han traído un tronco de georgianas y no le he visto todavía... ¡Chis!... ¡Eh! ¡Eunuco! ¡Llévame la cola! (Levantándose Lisardo y Blasillo).

LISARDO. Es hermosa esta isla... quiero morir en ella. (Cayendo al suelo).

BLASILLO. ¡Já, já! Vamos, Fátima, estáte quieta... Zoraida, no juegues... (Como si le hicieran cosquillas. Salen los criados y se llevan la mesa y las sillas). Mira que me incomodo contigo... Vamos, niñas; ¡esto es Jáuja! ¡Jáuja! ¿Jáuja? No sería malo. ¿Á ver?

MARIBLANC. (Al paño). ¡Sandios! Su presencia en la posada no es favorable para mis proyectos.

BLASILLO. (En alta voz). ¿Jáuja?... yo quiero ir á Jáuja. (Cayendo al suelo).

MARIBLANC. Me acomoda. Vas á cumplir tu deseo inmediatamente. Recobrad el sentido en buen hora, que yo me encargo de haceros olvidar á Florinda. Volad á Jáuja.

MUTACIÓN

Telón de gasas, en cuyo centro, á su tiempo, ha de aparecer la palabra *Jáuja* escrita en letras de oro. Poco á poco se van disipando las nubes. Música en la orquesta.

ESCENA XII

BLASILLO, LISARDO y una NINFA, con una vara de oro en la mano. La ninfa toca con la vara á Lisardo y Blasillo. Recobran éstos el sentido.

LISARDO. (Despertando y levantándose). ¡Eh! ¿Dónde estoy?

BLASILLO. Voy. Ya voy, hombre, ya voy. Si no son las cinco

ESCENA XIII

DICHOS y MARIBLANCA; despues, JAZMÍN por escotillón. Terminada la primera parte del baile, oyese el ruido de una campana chinesca. Amedrentanse todos.

LISARDO. ¿Qué ruido es ese?

BLASILLO. ¡Ay!... ¡me flaquean las piernas!

JAZMIN. Vuelve á recobrar su poder la pata de cabra, mira. (Señala al fondo; vese cruzar por los aires á Florinda montada en un carro de oro tirado por dos cisnes).

LISARDO. ¡Florinda!

JAZMIN. Ya has perdido un día: hasta mañana. (Yéndose).

LISARDO. ¡Mentecato de mí!

BLASILLO. ¡Pobres de nosotros! ¡Por supuesto, que aquí debe de andar la mano de esa bruja de Mariblanca! Como la tuviese á tiro...

MARIBLANC. ¡Necio! (Dándole un bofetón y desapareciendo).

BLASILLO. ¡Ay! ¿No lo dije? (Corriendo).

GALOP FINAL

Telón despues del baile.

todavía... (Levantándose y reparando en la ninfa). ¿Eh? ¿Qué visión es esa?

LISARDO. ¿Es un sueño lo que me pasa?

BLASILLO. También hubiérais podido vestiros para presentaros. (La ninfa dice con la acción que está vestida).

LISARDO. ¿Dónde estamos?

BLASILLO. Esperad que se disipe el humo y veremos claramente. (Dice que no la ninfa). ¿Que no se disipará? ¿Pero no es fácil que hableis?

LISARDO. ¿Qué país es este? (Señala la ninfa junto del telón y aparece la palabra Jáuja).

BLASILLO. ¡Jáuja! ¡Demonio, si estamos en Jáuja! ¡Hombre, qué delicia! ¿Pero queréis hablar, con cincuenta santos? (La ninfa dice que no). ¿Os estará prohibido? ¿Sois muda? (Dice que no). ¡Ah! Vamos, ya lo comprendo. Es que en Jáuja, para que la felicidad sea completa, son mudas las mujeres. Pero esto es sombrío y triste. Yo quiero ver á Jáuja en todo su esplendor, en todo su poder y magnificencia. Hola, obedecedme.

MUTACIÓN

Desvanécense las nubes y dejan ver el país de Jáuja. Ríos de leche, cascadas de almíbar, árboles con frutas de oro, etc., etc. En lontananza la vista de la ciudad. Procúrese dar á esta decoración toda la fantasía imaginable. En el centro del teatro aparecen en grupo las bailarinas: están muellemente tendidas al pie de los bastidores sobre almohadones de ricas telas.

Vase la ninfa.

LISARDO. ¡Qué admiración!

BLASILLO. ¡Ajajá! Esto es otra cosa. Que me festejen con un baile magnífico.

GRAN BAILE

ACTO SEGUNDO

Selva corta.—A la derecha, ruinas del castillo de Fausto.

ESCENA PRIMERA

FUENTESECA, MAESE PEDRO, CATALINA, FLORINDA y ALDEANOS de ambos sexos. Al levantarse el telón, estos últimos rodean á Florinda, y por medio de sus acciones manifiestan darle el parabien por su regreso; Fuentesecca y Maese Pedro forman grupo aparte.

FUENTESEC. Nada, nada; lo que es esta vez yo andaré listo.

M. PEDRO. Es lo mejor... dice el refrán: «aquí te pesco, aquí te cazo»; digo, aquí te caso... que es lo más urgente.

CATALINA. ¿Pero debes haber llegado rendido?... ¡Venir en tan poco tiempo desde Jáuja, como quien nada dice!

FLORINDA. No, madre mía, no estoy cansada: como es tan cómodo el carricoche en que hemos venido...

M. PEDRO. Florinda siente ya inclinación hacia vos... no lo dudéis.

FUENTESEC. ¡Si no lo dudo! Yo poseo un exterior capaz de enamorar el corazón más rebelde... y en cuanto á mis prendas morales—modestia á un lado...;—pero no

desperdiciemos los instantes. Tú en un vuelo á buscar al escribano; llevadle á mi quinta en volandas si es preciso. . Al paso avisad al señor cura... Dentro de una hora las cartas, y en seguida á la iglesia.

M. PEDRO. Perfectamente discurrido.

FUENTESEC. Yo, entretanto, me dirigiré á palacio con Florinda... ¡que no os olvideis! Dignaos, hermosa mía, aceptar mi brazo. (Ofrece hasta Florinda).

FLORINDA. (Con mal disimulado disgusto). ¿Dónde me llevais?

FUENTESEC. Al palacio que en breve ha de ser vuestro. En él, lo mismo que en mi corazón, seréis la soberana. (Toma Florinda el brazo de Fuentesecal.

FLORINDA. (¡Pobre Lisardo!)

FUENTESEC. ¿Suspirais? Lo comprendo. Yo también... (Suspira exageradamente). ¡Ay! El brazo, en marcha. Criados, seguidme.

FLORINDA. ¡Infeliz de mí! (Vanse todos por la izquierda.

ESCENA II

MARIBLANCA, que sale de las ruinas vestida con una túnica de color de grana. Lleva caperuza de maga y barba blanca.

MARIBLANC. Lisardo no tardará en venir; acaba de revelárselo el conjuro. Oculta bajo este disfraz, no será fácil que me reconozca. ¿Qué, debo haber equivocado alguna dosis? Lisardo llega más pronto de lo que esperaba... Helo aquí. Lo mismo es para mi objeto.

ESCENA III

MARIBLANCA y LISARDO, por la izquierda.

LISARDO. Aquí es, efectivamente: reconozco estos lugares. Guarde Dios al anciano.

MARIBLANC. (Voz de viejo). Guarde Dios al caballero.

LISARDO. ¿Tendréis la bondad de decirme si es este el castillo de Fausto?

MARIBLANC. El mismo.

LISARDO. ¿Sois por ventura el hechicero sucesor?

MARIBLANC. Para serviros.

LISARDO. Poco tiempo ha estado vacante la plaza.

MARIBLANC. Ninguno. Aún estaba caliente el cadáver de Fausto cuando tomé posesión de la Alcaldía.

LISARDO. ¿Y sois tan hechicero como él? (Hace Lisardo un gesto de duda).

MARIBLANC. ¿Lo dudáis? Haced la prueba.

LISARDO. ¿Sabéis mi nombre?

MARIBLANC. Lisardo.

LISARDO. ¿Y mi objeto al venir á este castillo?

MARIBLANC. Buscar la rama de oro que comprásteis en la almoneda para Florinda, vuestra novia.

LISARDO. ¿Por qué tengo yo interés en poseer la rama de oro?

MARIBLANC. Porque Jazmín, ese geniecillo que os protege, os ha revelado hace una hora que dicha rama es un talismán mucho más poderoso que vuestras píldoras y que la pata de cabra que posee Fuenteseca, vuestro rival. Dueño de la rama de oro, seríais invencible.

LISARDO. Quedo convencido. Sois un verdadero brujo. ¿Llevaríais vuestra bondad hasta el extremo de guiarme?

MARIBLANC. Con mucho gusto. Pasad si os place.

LISARDO. (Dirigiéndose hacia las ruinas). Vamos. (Entra Mariblanc en el castillo. Lisardo detiénese á la puerta al oir la voz de Blasillo).

BLASILLO. (Dentro). ¡Ay! ¡Ay! ¡Que me voy á desnucar!

VARS. ALDS. (Dentro). No cortéis la cinta.

OTROS. Esperad que baje un poco.

LISARDO. ¿Qué es eso?

BLASILLO. No hay remedio, me va á estrellar. ¡Virgen de Atocha!

LISARDO. Esa voz... parece la de Blasillo. (Va hacia la izquierda).

BLASILLO. ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

ALDEANOS. (Dentro, grito agudo). ¡Ay!...

LISARDO. ¡Él es, no hay duda, Blasillo! (Al llegar Lisardo al bastidor, los aldeanos del acompañamiento traen en hombros á Blasillo).

BLASILLO. ¿Quién me llama? ¡Ay!... ¡Ay!... una cama pronto, una cama... ó dos.

LISARDO. Dejadlo aquí. (Siéntanle sobre una silla de tijera).

ESCENA IV

LISARDO, BLASILLO y ALDEANOS

BLASILLO. Debo tener rotos todos los huesos de mi cuerpo. Á ver... registradme...

ALD. 2.° ¡Si ya os hemos reconocido y no tenéis daño ninguno!

BLASILLO. Ya... vamos; entonces... es que... que no tengo daño ninguno... Pues creed que me alegro mucho... hospitalarios campesinos.

LISARDO. ¡Pero Blasillo!

BLASILLO. ¡Señor de mi alma! (Reconociéndole). Tener á mi lado la fortuna y no haberla visto! De buena gana te abrazaría... pero no puedo tenerme en pie.

LISARDO. Déjate de cumplidos.

BLASILLO. ¡Ay! me siento más aliviado con sólo verte. ¡Cuántas cosas tengo yo que contarte!...

LISARDO. Pues ven conmigo al castillo.

BLASILLO. Permite, si no te opones,
que dilaten mis pulmones
los perfumes del tomillo.
¡Me encuentro tan bien aquí!
Las sombras me dan espanto.
Yo en viendo verde... me encanto;
resabios de lo que fuí.
Tu vista me da valor.
¿Á ver?... Muy bien... ¡qué regalo! (Estirándose).
Desde que no estoy tan malo...
parece que estoy mejor.

LISARDO. ¿De dónde vienes?

BLASILLO. De allá.

LISARDO. ¿De Jáuja?

BLASILLO. Pues.
UN CAMP. (Asombro entre los aldeanos). ¡Está loco!
LISARDO. ¿Has tardado mucho?
BLASILLO. Poco.
LISARDO. ¿Quién te trajo?
BLASILLO. ¡Quita allá!
¡Un loritо, ó qué sé yo,
que sabe, por vida mía,
mucha más cosmografía
que el mismo que la inventó!
¡Qué animal de más instinto!
¡Penetración más extraña!
Díjele. «Llévame á España
entre Valdemoro y Pinto».
Y el malditísimo loro
entendió tan bien el paño,
que aquí estoy, si no me engaño,
entre Pinto y Valdemoro.
CAMP. 1.° ¡Qué embaste!
BLASILLO. ¡Cuerpo de tal!
CAMP. 1.° No hay Jáuja.
BLASILLO. Sí.
CAMP. 1.° ¿Quién lo abona?
BLASILLO. ¿Quién? ¡Yo que vengo en persona
de la misma capital!
¡Que no hay Jáuja! ¿No ha de haber?
Buen testigo es mi señor.
CAMP. 1.° ¿Pero existe?
BLASILLO. Superior
á cuanto podáis leer.
(Duda entre el acompañamiento).
CAMP. 1.° Yo lo dudo.
BLASILLO. ¡Majadero!
CAMP. 1.° Vaya, ¿qué quieres?
BLASILLO. ¡Mal rayo!
Pase dudar de un lacayo;
mas dudar de un caballero...

VARIOS CAMP. Es verdad... (Convenciéndose).
OTROS. (Convenciéndose). Tiene razón.
CAMP. 1.° Bien... bien... lo creo. (A pesar suyo).
BLASILLO. ¡Hay tal cosa!
De esa ciudad prodigiosa,
escuchad la descripción: —
(Los aldeanos forman corro alrededor de Blasillo).
En unos fértiles hondos,
por dos montes circundados,
sobre muchos pies cuadrados
alza sus muros redondos.
Fertilizan el verjel
que sus murallas rodea
ríos de dulce jalea
y arroyos de blanca miel,
que antes de dar en el mar
con sus espesas corrientes,
árboles, plantas y fuentes
hacen el suelo brotar.
Cuanto se codicia aquí;
cuanto un sueño caprichoso
puede inventar, más hermoso
se encuentra de sobra allí.
Álzase allá corpulento
(no hay ningún árbol mezquino),
junto á una fuente de vino,
dando sus ramas al viento, (Ríen los aldeanos).
un rico peral, creedme,
que produce, y apiñadas,
unas peras confitadas
que están diciendo: «comedme».
Más allá vense gentiles
haciendo al hambriento ultraje,
pendientes de otro ramaje,
dos docenas de perniles,
que al roce de los colmillos
pródigo el árbol arroja.

Y no tiene este árbol hoja.

CAMP. 1.° Pues ¿qué tiene? (Escuchan todos atentos).

BLASILLO. Panecillos. (Risas).

¡Es una tierra que priva!
¿Y buñuelos? ¡Dios clemente!
¡Se comen tan fácilmente!...
Con tenderte panza arriba
viendo el azul de los cielos,
ya ves tú si es cosa poca,
juntitamente á la boca
te se vienen los buñuelos.
Es de la delicia el colmo.
En Jáuja, saberlo debes,
no es otra cosa del otro jueves
pedirle peras á un olmo,
pues se ven todos los días
higueras que dan manzanas,
pinos que dan avellanas
y almendros que dan sandías.
Y este placer sin igual
se goza perpetuamente
bajo un cielo transparente
y un tiempo primaveral;
pues con tener tanta fecha,
tal ciudad nadie ha sabido
que hasta el presente haya habido
ni un año mala cosecha.
No haya miedo que un nublado
del campo el fruto se lleve,
porque llueve, cuando llueve,
azúcar clarificada. (Risas).
Ni á nadie un pedrisco altera,
ni mueve un pedrisco cisco.
Yo he visto en Jáuja un pedrisco
de huevos de faltriquera. (Risas).
¡Qué diferencia de acá!
Y he visto... ¡Si no me acuerdo!

¡En fin, chicos, si me pierdo
que me busquen por allá!

CAMP. 1.° ¡Buen país!

BLASILLO. ¡País que cioga!

CAMP. 1.° ¿Y la ciudad?

BLASILLO. Asombrosa.
La ciudad es más hermosa
todavía que la vega.
Las casas son de turrón,
tienen de pan los balcones,
de almíbar los escalones
y aldabas de salchichón.
Las alcobas de melada
suelen ser... vamos... ¡te embobas!
Yo me almoreé dos alcobas
el día de mi llegada. (Risas).
Lo quier que mires, hechizos
es infalible que halles:
están en Jauja las calles
empedradas de chorizos.
Cuanto piensas, realizas...
Conviertes en llanos cerros;
hombre, ¡qué más! van los perros
atados con longanizas,
y con las panzas tan llenas,
y tal reposo en los dientes,
que miran indiferentes
sus incitantes cadenas.
Ni los ojos distraídos
leen letreros menguados;
no hoy calle de «Ajusticiados»,
ni plazuela de «Afligidos»,
ni cuesta de la «Agonía»,
ni otro nombre así tan feo.
mira qué hermoso paseo
di yo en Jauja el primer día. (Atención).
Después de almorzar jamón

y de apurar una taza,
me encaminé por la plaza
de la Buena digestión,
y calles de la Quietud,
del Reposo, de la Siesta
y de Nunca subas cuesta
al cerro de la Salud,
que es delicioso en verdad;
luego por la del Pastel
di conmigo en el verjel
de la Gran felicidad,
y por la calle, es memoria,
que de la Cama se llama,
regresé á tomar la cama
por la puerta de la Gloria.
¿Quieres más dicha? ¿La quieres?
¡Estos son bonitos nombres!
Y hay unos hombres... ¡qué hombres!
Y mujeres... ¡qué mujeres!
No hablan como las de aquí,
que es del sosiego lo crítico.
¡Y qué sistema político
tan admirable hay allí!
Reinan paz y orden profundo:
cada cual está contento:
¡no se arma un pronunciamiento
ni por nada de este mundo!
No hay aquello de «¿Cayó?»
pues palo. «Ni hacer el bú,»
ni lo de «Quítate tú
para que me ponga yo».
Deseando mandar no hay uno:
lo consiguen...

ALDEANO. 1.° ¿Por qué modos?

BLASILLO. Como hay turrón para todos
no se alborota ninguno.
¡Qué humanidad en los jueces!

¡Qué humildad en el delito!
En fin, señores, repito
cuatro millones de veces
que si escapo y con afán
quieren el bulto pescarme,
vayan á Jaja á buscarme,
que en Jaja me encontrarán.

CAMP. 1.° ¡Yo tiemblo con sólo oirlo!

OTRO. Pues yo en marcharme no tardo.

ESCENA V

DICHOS y MARIBLANCA, que ha salido antes y se ha colocado junto á LISARDO, sin llamar la atencion de nadie.

MARIBLANC. Si os acomodá, Lisardo,
podéis pasar al castillo.

BLASILLO. ¡Demonio!

CAMP. 1.° El brujo, corred. (Huyen con espanto.)

BLASILLO. ¿Brujo dicen? ¡Guarda Pablo!

MARIBLANC. ¡Huyen como del diablo
de mí esos mengunados!... Ved
¿Y este mozo? (Por Blasillo.)

BLASILLO. Servidor.

LISARDO. Mi criado.

MARIBLANC. Listo parece.

LISARDO. Sí que es listo.

BLASILLO. Se agradece:
lisonjas de mi señor.

MARIBLANC. Y es muy buen mozo y muy fino:
no nació para criado.

BLASILLO. Pues me veis averiado
con el polvo del camino,
que si no...

LISARDO. Basta.

MARIBLANC. Venid.

BLASILLO. Muy guapo soy.

LISARDO. Calla, loco.

BLASILLO. Voy á ser dentro de poco
el Narciso de Madrid.

(Entra contonéandose en el castillo. Mariblanca y Lisardo han entrado un poquito antes).

MUTACIÓN

Gabinete gótico en el castillo de Fausto. La altura de este gabinete debe reducirse por medio de dos grandes bambalinas en forma de arco. A la altura conveniente aparecerán colgados de la pared doce cuadros ovalados, con doce retratos de magos, perfectamente parecidos entre sí, y al disfraz de mago adoptado por Mariblanca. Los retratos deben de ser de medio cuerpo. A su tiempo han de abrir la boca y mover los ojos. En el centro del proscenio un sillón: sobre él dos libros y un gorro de dormir. Junto á la tapia, y en frente del público y dejando en medio la puerta del foro, dos camas. Oscuridad. En el centro una lámpara sin luz colgada.

ESCENA VI

MARIBLANCA, LISARDO y BLASILLO, por el foro.

MARIBLANC. Entrad sin miedo.

BLASILLO. ¿Habéis creído, señor nigromante, que somos como los murciélagos, que ven de noche?

LISARDO. La oscuridad es profunda efectivamente.

BLASILLO. Á ver. (Aparece luz en la lámpara y queda el teatro á media luz). ¡Ajajá! Esto ya es otra cosa. ¡Calla! ¡Pues este recinto es todo un museo de pinturas! ¡Uno, dos, cuatro, ocho, doce cuadros!...

MARIBLANC. Son los retratos de mis antecesores.

BLASILLO. ¡Hombre, qué feos son todos, y cómo se parecen á vos! (Mariblanca le amenaza con un gesto).

LISARDO. ¿Es este por ventura el panteón del castillo?

MARIBLANC. No; esta es la sala donde las brujas del contorno celebran sus aquelarres siempre que hay que tratar algún asunto importante concerniente á la hechicería.

BLASILLO. ¿Las brujas? ¡Ay! Y decidme, abuelo, ¿sabéis si hoy es día de sesión? (Escamado).

MARIBLANC. Á las doce están convocados los brujos.

BLASILLO. Voy. (Dicho con fuerte voz). Me parece que me han llamado.

LISARDO. Quédate en ese sitio.

MARIBLANC. Tú, Lisardo, puedes, si gustas, empezar á buscar desde luego la rama de oro. Tú, Blasillo, ahí tienes cama y libros; duérmete ó instrúyete, como quieras; si necesitas alguna cosa, llama y acudirán mis criados subterráneos. Hasta después. (Vase Mariblanca por el foro).

LISARDO. Guardeos Dios.

BLASILLO. Que Dios os guarde.

ESCENA VII

LISARDO y BLASILLO

BLASILLO. ¡Qué campechano es el abuelo!

LISARDO. Me quita la esperanza de hallar la rama de oro el ver que no se opone el hechicero á que verifique el registro del castillo.

BLASILLO. Señor, ¿por qué no te acuestas?

LISARDO. Tienes razón. No hay mejor consejero que la cama. Pon la lengua en reposo y á dormir.

BLASILLO. ¿Vas á acostarte?

LISARDO. Sí. (Echase sobre una cama).

BLASILLO. En ese caso, obedezco. (Echase sobre la otra). Hola, parece que nos aprieta el sueño, ¿eh?

LISARDO. ¿Quieres dejarme en paz, hablador?

BLASILLO. ¡Ajajá! ¡Ay! ¡Qué ganas tenía de tomar la horizontal!

LISARDO. Te he dicho que calles. (Pausa).

BLASILLO. ¿Señor?

LISARDO. (Indignado). ¿Otra?

BLASILLO. Es una pregunta del mayor interés. ¿Encuentras dura tu cama?

LISARDO. Mucho. Parece una piedra.

BLASILLO. La mía parecen dos. Es imposible conciliar el sueño sobre ella.

LISARDO. ¿Y qué pretendes?

BLASILLO. Toma, una cama como pueda tenerla el arcediano más regalón.

LISARDO. No esperes para conseguirlo que consuma yo una píldora.

BLASILLO. No, si eso debe correr á cuenta del hechicero. ¡A ver! ¿Hola? ¿Es este el modo de dar alojamiento? Queremos dos camas cómodas. (Conviértense en cómodas las camas, quedando Blasillo y Lisardo ocultos en ellas). ¡Ay! ¡que me ahogo! ¡Sacadme, por Dios, de esta gazapera! ¡Señor hechicero! ¡Señor hechicero! ¡Por la Virgen de Atocha! ¡Hombre, que me voy á ahogar! ¡Ay, Dios mío! (Salen por escotillón dos demonios vestidos de color de grana. Tiran del cajón de arriba y sacan á Blasillo). Ya respiro. Si tardan dos minutos más vuesas mercedes... (Retrocede espantado al ver á los demonios). ¡Huy! ¡Demonio! ¡Vaya unos lacayos de gusto! ¿Sois criados del nigromante? (Dicen que sí). Por muchos años. Decid, hijos míos, ¿se os ha muerto algún pariente? (Dicen que no). Lo preguntaba porque como vais vestidos de luto... (Parecen los pícaros dos pimientos colorados). ¡Calla! ¿Y mi pobre amo? ¡Ya se habrá muerto á estas horas! Voy, señor, voy en seguida. Mira, mocito, ¡chis! Ten la bondad de ayudarme. (Entre un demonio y Blasillo van tirando de los cajones de la cómoda que oculta á Lisardo, segun lo marca el diálogo). No te impacientes, señor, no te impacientes... (Viendo vacío el primer cajón). ¡Qué!... Nada. ¿Estará en el otro? (Tiran Blasillo y el otro demonio del cajón segundo, del cual cae un sombrero). ¡Tampoco! ¿Qué es esto? ¡Allí! ¡Es su sombrero! Señal de que ha pasado por aquí.

De fijo está en el último. Tira, moreno. (¿No lo dije?) (Sacan el tercer cajón y de él una contrafigura perfectamente parecida á Lisardo, que dejan tendida en el suelo). ¡Aquí está, pero no respira! Á ver... ¡Agua! ¡vinagre! ¡Pobre amigo mío! No temas, yo te restituiré la vida. Esto debe ser parálisis de la sangre. Acaso con unas friegas... Morenitos, ¿teneis la bondad de ayudarme? (Dicen que sí) Pues anda. (Ponense á dar friegas á la contrafigura, que va perdiendo el volumen, á la manera que le ocurriría á un cuerpo humano, si no le dejasen más que la epidermis y el vestido). Fregar, hijos, fregar; fuerte, fuerte; miradme á mí. Así, eso es. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡que se va! ¡Señor... señor! ¡Caiba! pues ya se ha ido. ¿Qué es esto? A ver, á ver. (Registrandole los bolsillos). ¡Ah! estoy tranquilo. Cuando se ha llevado sus píldoras, es señal de que no se ha muerto. El accidente no merece la pena de perder el sueño. ¡Eh! flanco derecho, morenitos. ¿No me entendéis? que os marchéis, que no os necesito. (Vanse los demonios por escotillón). Sí, pero ¿dónde me acuesto yo, si volaron las camas? Vaya; me arreglaré en el sillón como Dios me dé á entender. (Sientase en el sillón en el centro del proscenio). Á ver. No es muy cómodo que digamos, pero... en fin, puede pasar. ¿Qué es esto? ¡Calla! ¡Un gorro de dormir! Del hechicero sin duda. Bien se cuida su señoría. No me viene mal, porque empezaba á sentir frío en la cabeza.

Pues señor, sentado aquí, (Bostezal).
¿aaah? daré cada ronquido...

LOS RETR. Aaah. (Bostezan).

BLASILLO. ¿Qué? No, pues yo he oído
bostezar detrás de mí. (Mira á todas partes).
El miedo sin duda fué.
Vamos, si soy un miedoso. (Pónese el gorro).

(Las caperuzas de los magos transfórmanse instantáneamente en gorros de dormir).

Debo de estar muy gracioso

con mi gorro... ¡Jé!...

LOS RETR. ¡Jé, jé! (Carcajada).

BLASILLO. ¡Ay! ¡no me atrevo á volverme!
¡Temo del susto morirme!
¡Si yo pudiera dormirme
diez horas duerme que duerme!
Siento un hormigueo aquí...
que me causa un qué sé yo...
¿Y no traigo espada? (Apurado).

LOS RETR. (Con voz hueca). No.

BLASILLO. Si soy un pollino.

LOS RETR. (Abriendo la boca como siempre que hablan).
Sí.

BLASILLO. ¡Ahora sí que el miedo es gordo! (Temblando).
¡Vaya un temblor que me da!
Me parece que será
lo mejor hacerme el sordo.
¡Si durmiera!... No podré:
siento frío en las narices...
En fin, probemos... Felices. (Intenta dormir).

LOS RETR. (A media voz, pero de un modo espantoso).
Felices las tenga usté.

BLASILLO. ¡Ya estoy haciendo pucheros!
¡se me eriza la melena!
(Vuelve la cabeza hacia los retratos).
¡Ay! ¡Virgen de la Almudena,
qué fila de cocineros!
Si feos con la capucha
estaban, lo que es así...
aún lo están más... ¡Ay de mí!
¿Qué suerte me espera?

LOS RETR. Escucha.

MÚSICA

CORO. Cuando las doce
de la mañana

en tus oídos
oigais sonar,
las brujas todas
de estos contornos
á este recinto
verás llegar.
Después, Blasillo,
de atormentarte
con uñas fieras
toda la faz,
bien en dragones,
bien en escobas,
por esos aires
te llevarán.

BLASILLO. (Temblando). ¡Cielo divino,
haz por favor
parar las ruedas
de ese reloj!
¡Qué miedo tengo,
pobre de mí!
¡Qué miedo tengo!
¡Jí, jí, jí, jí! (Llora).

LOS RETR. ¡Pobre Blasillo,
llorando está!
¡qué miedo tiene!
¡Já, já, já, já! (Ríen).

(Suenan solemnemente las doce. Blasillo, anonadado, cae en el sillón. Ábrense doce ventanas en el mozo, por los cuales penetran doce brujas de figura horrenda. Después de examinar á Blasillo, se vuelven á hablar con los retratos. Deben hablar en voz marcada y exageradamente gangosa).

BLASILLO. ¡Las doce! ¡Ay!

BRUJAS. ¿Quién al mozo á la cueva ha traído?

LOS RETR. En la cueva se entró de rondón.

BRUJAS. ¿Será brujo?

LOS RETR. No es brujo.

BRUJAS. (Volviéndose de cara á Blasillo). Pues vamos

en la lumbre á volverle un tostón.

(Haciendo mil ridículas contorsiones y mortificando á Blasillo con sus varas).

Lo pincharemos,
lo sajaremos,
¡ay! ¡ay! ¡qué gusto
cuál llorará!
y en la caldera
de los conjuros
¡ay! ¡ay! ¡qué apuros
que pasará!

BLASILLO. ¡Jesús! ¡Qué impuras
caricaturas!
¡Ay! ¡ay! ¡Qué miedo!
¡Pobre de mí!
Quieren pincharme,
quieren sajarme,
¡ay! ay! ¡Qué miedo!
¡Jí, jí, jí, jí! (Llora).

BRUJAS. Lo pincharemos,
lo sajaremos,
¡ay! ¡ay! ¡qué gusto
cuál llorará!
y en la caldera
de los conjuros
¡ay! ¡ay! qué apuros
que pasará.

LOS RETR. Van á pincharle,
van á sajarle,
¡ay! ¡ay! ¡qué apuros
cuál llorará!
y en la caldera
de los conjuros,
¡ay! ¡ay! ¡qué apuros
qué pasará!

BLASILLO. ¡Socorro, Dios mío! ¿Quién me librará de las garras de estas furias? (Golpe de la campana china. Abrese el fon-

do y aparece Jazmin rodeado de genterillas, sentado sobre un trono de gloria. (Caen al suelo las brujas, postrándose ante Jazmin).

ESCENA VIII

DICHOS y JAZMIN

JAZMIN. Yo. Ha vuelto á cesar por espacio de una hora el poder de la pata de cabra.

BLASILLO. ¡Hombre! ¡Cuánto chiquillo! ¿Son todos hijos vuestros? Os habéis lucido, señores magos. ¡Já, já! Hombre, no sé cómo... (Amenazando á las brujas con el pie). En fin, os perdono... Soy generoso. Marchemos. (Vase por el foro).

MARIBLANC. (Al paño). ¡De qué os servirá el auxilio de ese genio, imbéciles! Veremos, Lisardo, quién puede más, si tu amor ó el mío. ¡Hola! Cumplid mis designios, genios que me favorecéis. Conducid á mis enemigos á la gruta Negra.

MUTACIÓN

Selva corta

ESCENA IX

RAPIÑA y cuatro ALGUACILES

RAPIÑA. Os digo, señor mío, que el lance pasó ni más ni menos como os lo he contado.

JUAN. ¿Habéis sido testigo ocular del hecho?

RAPIÑA. ¿Pues no os he dicho que sí? Y de todos sus detalles. Nos hallábamos reunidos en el salón grande del palacio del señor de Fuentesecá: después de reclamar yo silencio por medio de una tos preparatoria, leí solemnemente el contrato de esponsales. Encontrado conforme por los contrayentes, presenté á Florinda la pluma con gracia; cogióla ella, y al tiempo

de dejarla sobre el papel para firmar, aparece Lisardo, espada en mano, sin que hasta ahora haya podido averiguarse por dónde; coge á Florinda en brazos, y ¡pif! desaparecen los dos por la pared, como si hubiesen sido de manteca. Figuraos la cara que pondríamos todos... una cuarta abrió de boca el que abrió menos. Pasado el primer susto, ocurriósele á Fuenteseca la idea de... de perseguir á los prófugos. Aprobado el pensamiento, organizamos la batida... Fuenteseca, con los suyos, se ha hecho fuerte en la cuesta del arroyo: Maese Pedro ha tomado posesión con sus amigos de la colina del castillo de Fausto, y á mí me han encargado la defensa del camino de la gruta Negra, que es éste. Por eso tiemblo.

JUAN. ¿Participas también de la superstición del vulgo?

RAPIÑA. Lo que el vulgo siente en este particular no es superstición, señor mío, sin temor justificado. Esa horrenda gruta ha ocasionado más víctimas á estas fechas que una peste. ¡Ay del mortal inadvertido que penetre en ella! En sus tenebrosas concavidades, cada paso es un peligro; sus frutas envenenadas, como sus aguas, os ocasionan, si las probáis, una muerte cierta. En fin, podríis pensar de mí cuanto mal os diere la gana; pero no llego á la boca de esa gruta así me mande hacer la santa un chicharrón.

JUAN. Entonces quiere decir...

RAPIÑA. Quiere decir que el límite de mi persecución será el álamo negro. Los fugitivos, engolfados en sus amores, no habrán llegado á él todavía, de modo que serán nuestros prisioneros antes de un cuarto de hora.

JUAN. Pero eso podrá ocurrir si no perdemos el tiempo.

RAPIÑA. Es verdad: en marcha, muchachos. Brazo fuerte y corazón entero. Vosotros dos marchad delante: vosotros á retaguardia, y nosotros en el centro. No os

apartéis de mi lado, señor guardabosque... ¡Ay de ellos! Valor y mucho ojo, morenitos.

MUTACION

Interior de la gruta negra. En el centro, una gran roca. Maribianca vestida de un modo fantástico, cuyo traje se transforma á su tiempo.

ESCENA X

MARIBLANCA

¡Esa es la humanidad! Si por un momento consiguen los genios del bien colocar al hombre en la senda de la dicha, al instante le apartan de ella los del mal. ¡Triste es la condición humana! ¡Lisardo y Florinda llegan! Blasillo no les acompaña. ¡Buen augurio! Mis designios han sido fielmente cumplidos por los auxiliares de mi poder. Ocultémonos. (Lo hace tras una peña).

ESCENA XI

FLORINDA y LISARDO; á poco, JAZMIN, por escotillón.

LISARDO. Entra, Florinda mía.

FLORINDA. ¡Qué oscuridad! ¡Me siento poseída de terror en este sitio! ¡He oído contar tantas cosas horribles de esta gruta!

LISARDO. Nada temas á mi lado. Mi intención, hermosa Florinda, es interesar en favor nuestro á la ninfa de estos lugares; si ella nos favorece, podremos encontrar la rama de oro, y entonces nuestra felicidad queda hoy mismo asegurada. (Sale Jazmin por escotillón).

JAZMIN. Por ese medio no lo conseguirás, Lisardo.

LISARDO. } ¡Jazmín!
FLORINDA. }

JAZMIN. ¡Es preciso buscar otro recurso! La ninfa de esta gruta favorece á tu rival.

FLORINDA. Pobres de nosotros.

JAZMIN. Sí, pobres de vosotros si la mayor prudencia no guía vuestros actos. Estáis rodeados de peligros. Juntos habéis entrado en esta gruta: no saldréis de ella lo mismo.

LISARDO. ¡Imposible! ¿Qué fuerza será bastante á separarme del lado de mi Florinda?

JAZMIN. ¿Ignoras, infeliz, que la ninfa de la gruta posee poderosos encantos? Ella os separará. La sombra de un árbol, un licor, una palabra, cualquiera cosa bastará á borrar de tu mente el recuerdo de Florinda. Tú, fascinado por los placeres, turbados los sentidos por la influencia de algún narcótico, cometerás alguna locura, y ¡ay entonces de vuestro amor y vuestra felicidad!

LISARDO. Nunca.

FLORINDA. ¡Lisardo mío!

LISARDO. ¡Ah! Decidme, ¿habéis tenido alguna noticia de mi fiel escudero, de mi pobre Blasillo?

JAZMIN. Ha sido reducido á negra esclavitud por la pérfiad Mariblanca; pero ni halagos ni castigos han podido hasta ahora arrancar de su corazón el odio que la maga le inspira.

LISARDO. ¿De modo que su vida será actualmente un padecimiento continuo?

JAZMIN. No: Mariblanca lo espera todo de Blasillo despertándole la ambición y haciéndole subir á un alto puesto... Pero estamos perdiendo el tiempo. No os mováis de aquí. Yo entre tanto veré al rey de los genios, y algo espero conseguir en vuestro pro, á pesar de hallarse nuestro talismán en un período de impotencia. Adiós.

LISARDO. ¿Volveréis?

JAZMIN. Con cuantas noticias y esperanzas logre adquirir. Fortaleced vuestra prudencia.

ESCENA XII

LISARDO y FLORINDA

FLORINDA. Me deja llena de espanto.

LISARDO. No tiemblies, Florinda mia.

FLORINDA. Sentada en esta peña voy á esperar el regreso de Jazmin. (Se sienta).

LISARDO. ¡Qué incómodo asiento! Bien quisiera, hermosa mía, ofrecerte una cama de flores; pero... (Transfórmase el peñón en una cama de flores). ¡Qué maravilla! ¡Una cama de flores!

FLORINDA. Me parece de buen agüero esta transformación. No te apartes de mi lado.

LISARDO. Espera un momento. (Vuelve la cabeza). Creo haber oído pisadas... ¡Sin duda vienen á separarnos!... (El peñón que se transformó en cama de flores recobra su forma primitiva. Desaparece Florinda. Vuelve hacia la peña). ¡Ha sido ilusión de mis sentidos! ¡Recobra, vida mía, tu perdida serenidad! ¡Dios mío! ¡Florinda!... ¡Florinda mía!... ¿Quién me la ha robado?

MARIBLANC. (Apareciendo). ¡Yo!

ESCENA XIII

MARIBLANCA y LISARDO

LISARDO. ¿Quién eres?

MARIBLANC. De esta mansión
soy la ninfa misteriosa.

LISARDO. ¿Por qué, siendo tan hermosa,
tienes tan mal corazón? (Á Maribblanca).
¿Risa desdeñosa y fria

para mis dolores tienes?
¿Por qué, inhumana, previenes
tu poder en contra mía?
Yo aceptaré esta prisión
y todas las penas suyas
con tal que me restituyas
el bien de mi corazón.

MARIBLANC. Deja á Florinda y disfruta
la dicha que se halla aquí.

LISARDO. La desprecio.

MARIBLANC. Para ti
no será cárcel ni gruta.
Palacio sabré yo hacer
de la cueva que ahora moras,
donde contarás tus horas
por las horas de placer.

LISARDO. Nada quiero sin Florinda.

MARIBLANC. Resistir será peor.

LISARDO. Como no sea su amor,
no hay promesa que me rinda.
La dicha que se halla aquí,
riqueza, poder, encanto,
todo lo desprecio tanto
como te desprecio á ti.
Si es tal tu poder, avanza. (Desnuda la espada).

MARIBLANC. Lisardo, demente estás.

LISARDO. Avanza.

MARIBLANC. No escaparás
al poder de mi venganza.
Aún te concedo un espacio.

LISARDO. Cumple tus votos impíos.

MARIBLANC. Tú lo quieres. Genios míos,
al jardín de mi palacio.

(Desaparece el traje de Mariblanca, quedando ricamente vestida de princesa).

MUTACIÓN

Jardín magnífico en América.—Multitud de flores y pájaros. En el fondo, un lago tranquilo y transparente, limitado por un bellísimo horizonte. Junto á todos los bastidores mesas de flores cubiertas de manjares. Coro de ambos sexos, vestidos de un modo fantástico. Bacantes. Mucha animación, mucha vida, bacanal completa. Esclavos negros sirven los manjares.

ESCENA XIV

LISARDO y MARIBLANCA

LISARDO. ¡Qué admiración! ¡Qué mujeres!
¡Á gozar!

MARIBLANC. Á gozar luego.
Después, lágrimas de fuego
te han de costar los placeres.

(Siéntanse en la primera mesa de la derecha).

BACANAL

Bebamos,
gocemos,
bailemos
al par.
La vida
es muy corta
é importa
gozar.

(Los negros traen en triunfo á Blasillo (negro), el cual viene sentado sobre un palanquín de flores. Debe estar vestido de un modo rico, pero grotesco).

No hay otro goce
como el amor.
¡Viva Cupido!
¡Venga licor!

Todas las copas,
todas llenad,
y alegres todos
reid, cantad.
Bebamos,
gocemos,
bailemos
al par.
La vida
es muy corta,
é importa
gozar.

(Baja Blasillo del palanquín. Fórmanle todos semicírculo).

BLASILLO. Pues señor, no hay duda, tan guachindango soy ahora como antes fuí pollino. ¡Yo negro! ¡Ay, qué negra suerte la mía! Y, sin embargo, también voy á ser príncipe, y un príncipe, por tiznado que esté, vale más que un borrico. Pase la negrura por el principado. Por mucho menos se dejarían tiznar más de cuatro blancos que yo conozco.

MARIBLANC. Ya lo ves; vas á ser señor de estos demonios...

BLASILLO. Bien: muy bien: perfectamente. (Voy á dirigirles un discurso). Vasallos míos, estoy contento de vuestras gargantas. Esa canción me ha parecido muy bien, Muy bien me ha parecido esa canción que tan bien me ha parecido. Sois fuertes... sois robustos... ¿Y quién podrá negar que la agricultura es la principal riqueza de un país? ¿Habrá quien lo niegue? No. ¡Qué ha de haber! Sembrad, hijos míos, sembrad, porque... (Salida de tono). ¿Pues y la industria? Ahí tenéis si no á las hormigas... y á los... y á las... del... Vaya, lo dejaremos para mañana. (Como no tengo costumbre de hablar en público...)

LISARDO. (¡No hay duda, esa voz es la de Blasillo!) ¡Blasillo!

BLASILLO. ¡Señor!... ¡Señor!... (Va á abrazarle, pero se detiene). (¡Ay, se me olvidada de que voy á ser príncipe!)

LISARDO. ¡Blasillo de mi alma! ¿Tú por acá?

BLASILLO. (Con mucho desdén). ¿Qué es eso de tú? Alteza guachindanga, si te parece, vasallo.

LISARDO. ¡Canalla! ¡Bah! No mereces mis iras. ¿Qué me importa de tus sandeces? A mí las bacantes, servidme de esos vinos.

MARIBLANC. ¿Quién se atreve á levantar la voz en mis estados? Á mí los esclavos; festejad á vuestro futuro príncipe. (Señalando á Blasillo).

BLASILLO. Gracias, princesa. Pero antes permitidme que os exhiba alguna de mis habilidades. Voy á bailar. Esta prueba de confianza cautivará la simpatías de mis súbditos... (A la bailarina). Morenita, voy á dispensarte el honor de bailar un «Cucuyé» contigo. No tengas reparo. Prescindo de mi majestad y baila como bailarías con un cualquiera.

CUCUYE

(Terminado el baile). Estoy cansado. Necesito restaurar mis fuerzas. ¡Hola! Servidme manjares suculentos y los líquidos más sibaríticos. No demoréis vuestro servicio.

ESCENA XV

DICHOS; MAESE PEDRO y FUENTESECA. Estos dos vestidos de cocineros. Fuenteseca trae sobre una fuente una cabeza de jabalí. Maese Pedro una de vaca.

MARIBLANC. (¡Aquí Fuenteseca y Maese Pedro!)

BLASILLO. (A Mariblanca). ¿Queréis servirme una copa?

FUENTESEC. (Oculto bajo este disfraz no es fácil que me reconozcan).

LISARDO. (Brindando). ¡Por vuestra belleza, hadas hermosísimas!

M. PEDRO. (Mira á todas partes). (No descubro á mi hija).

FUENTESECA. (¡Yo disfrazado de cocinero para buscar á mi novia! ¡Qué humillación!)

BLASILLO. ¡Demonio! ¡Yo conozco á ese hombre! Es Fuenteseca... ¡Ah, traidor!... ¡Y aquel... aquel es Maese Pedro!

FUENTESECA. (Llamada. ¡Cómo me mira!)

BLASILLO. ¡Vendrá á matarme!... ¡A ver! ¡Oh! ¡Qué idea! Evitémoslo. Genio que me proteges, trueca las cabezas de esos miserables. (Las cabezas de vaca y de jabalí suben á ocupar respectivamente el lugar de las de Fuenteseca y Maese Pedro, bajando las de éstos á los platos en lugar de aquellas). ¡Ajajá!

TODOS. (Con asombro). ¡Ay!

LISARDO. ¡Maese Pedro! ¡Este recuerdo... Florinda!... ¡Florinda mía! ¡Ah! Aquí tengo mi talismán. (Gritando con desesperación). ¡Acúdeme, Florinda!

ESCENA XVI

DICHOS y JAZMIN, por escotillón.

LISARDO. ¿Qué es eso, amor mío, no acudes á mi voz? (Con imperio). Obedece á mi talismán.

JAZMIN. Es tarde. Vuelve á ser poderoso el talismán de Fuenteseca.

LISARDO. (Con desesperación). ¡Miserable de mí!

BLASILLO. Princesa, socorrednos; interponed vuestro influjo.

MARIBLANC. ¡Princesa! ¡Já, já! Imbécil, ¿no me conoces? Me he fingido princesa para frustrar vuesto intento. Soy Mariblanca.

BLASILLO. ¿Vos? Imposible. La prueba.

MARIBLANC. (Dándole un bofetón). ¡Toma!

BLASILLO. ¡Ay! Ahora sí que lo creo. Agua... agua. (Vase corriendo y gritando).

LISARDO. Pero Florinda, ¿dónde se halla?

MARIBLANC. Allí. (Señala al lago, por el cual cruza Florinda embarcada en una graciosa góndola movida por sirenas).

LISARDO. (*Con dolor*). ¡Ah!

JAZMIN. Ya no le queda á tu talismán más que una *hora de* poder. (Vase Lisardo corriendo por el foro; desaparece Jazmin y Marblanca. Música y cae el telon).

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gabinete corto en el palacio de Fuenteseca.

ESCENA PRIMERA

MAESE PEDRO y FUENTESECA

FUENTESEC. Callad, Maese Pedro, callad: no me recordéis esa humillante transformación. ¡Todavía conservo en las narices el olor del peregil!

M. PEDRO. Y yo del relleno, que trascendía á hierbabuena de un modo insufrible.

FUENTESEC. ¡Qué burla tan infame! En cuanto Blasillo caiga en mi poder, le he de convertir en pollino... *para in eternum*.

M. PEDRO. Y con respecto á Lisardo, ¿que pensáis hacer?

FUENTESEC. Casi nada. Encerradlo en un castillo para toda su vida.

M. PEDRO. La dificultad consiste en prenderlo.

FUENTESEC. Nada más fácil. Florinda hállase encerrada en el último pabellón del edificio que da al bosque. ¿Dejará Lisardo de dar una vueltecita por ahí para ver de robarme la futura?

M. PEDRO. Es natural.

FUENTESEC. *Tan natural como la emboscada que yo le he preparado:* como acuda á pelar la pava, no tiene más remedio que caer en mis manos.

ESCENA II

DICHOS y UN LACAYO, que entra precipitadamente.

LACAYO. Señor...

FUENTESEC. ¿Qué se ofrece?

LACAYO. *Los centinelas del valle envían á decir que el pastor* Lisardo y su criado acaban de penetrar en la floresta.

FUENTESEC. ¿No os lo dije? Está bien: salid. Ea, Macse, acompañadme; nada temáis.

M. PEDRO. ¿Temer yo?

FUENTESEC. Repicad bien los tacones, que en la presteza está la victoria. ¿Vamos?

M. PEDRO. Vamos.

FUENTESEC. ¡Ay del infeliz! Hoy se convencerá de que impunemente no se juega con la raza de los Fuentesecas. (Vase por la derecha).

MUTACIÓN

Bosque.—A la izquierda, la fachada posterior de un edificio sin ventanas, rejas, ni luces de ninguna clase. Dos grandes peñas, una á la derecha y otra á la izquierda.

ESCENA III

LISARDO y BLASILLO, por la derecha.

LISARDO. Aquel debe ser el edificio donde yace encerrada mi Florinda. (El de la izquierda).

BLASILLO. Pues no hay duda que estará divertidita... Ni una

reja, ni una ventana... ¡Qué tormento! Eso es emparedar á las gentes.

LISARDO. Yo sabré arrancarla del poder de sus verdugos, aunque sea á costa de mi vida.

BLASILLO. Eso es pensar con nobleza.

LISARDO. ¡Cuántos afanes me cuesta su cariño!

BLASILLO. Muchos. ¡Y á mí cuántos mojicones! ¡Toda la me echa chispas el carrillo este!... Pero aún no me has contado cómo te arreglaste con el dragón de la gruta negra.

LISARDO. No es esta ocasión oportuna para referirte la aventura. Lo interesante para mí es ver á Florinda.

BLASILLO. ¿Y por dónde pretendes hablarla?

LISARDO. (Con imperio). Por allí. (Transfórmase la fachada en pórtico de un palacio. Nace una escalinata, por la cual baja Florinda).

ESCENA IV

DICHOS y FLORINDA

BLASILLO. ¡Poderoso arquitecto!

LISARDO. Ponte en acecho, y si notas que alguien se dirige á estos sitios, avísame.

BLASILLO. Descuida. Enamórala con toda holgura; yo te guardo las espaldas. Nada temas, que ya conoces mi valor.

LISARDO. Basta de plática. (Yendo á abrazar á Florinda, que corre hacia él).

BLASILLO. Basta. (Vase).

FLORINDA. (Con pasión). Lisardo...

LISARDO. ¡Florinda hermosa!
Si un punto pude olvidarte,
heme que vengo á librarte
de esa prisión enojosa.
No cubra tu faz de rosa
de amarga tristeza velo;
los ojos alza del suelo
y en mí fíjalos atenta;

cuanto mayor la tormenta,
¡más azul deja en el cielo!

FLORINDA. ¿Me olvidaste? (Con sentimiento).

LISARDO. Ni un instante.
(Significando que antes había mentido).
Fija estuviste en mi mente
y abrasando dulcemente
mi corazón palpitante.
¿Qué entristece tu semblante?

FLORINDA. Mira mis párpados rojos
de llorar...

LISARDO. ¿Quién te da enojos?

FLORINDA. La hechicera.

LISARDO. ¡Vida mía!
¿Qué mayor hechicería
que la lumbre de tus ojos?
No adivino qué razón
esas lágrimas produjo.

FLORINDA. Temo que el mágico influjo
me robe tu corazón.

LISARDO. Deja esa triste ilusión
que tu alegría oscurece:
amor que á la sombra crece
del honor, que de honor nace,
herida en el pecho hace
que nunca desaparece.

FLORINDA. Tengo celos.

LISARDO. Desvarío.
¿De qué?

FLORINDA. De todo.

LISARDO. ¿Esto más?

FLORINDA. Del monte, si al monte vas;
del río, si vas al río;
de la huella, ídolo mío,
que en el rústico sendero
dibuja tu pie ligero;
del césped que martiriza,

y hasta el aire que riza
la pluma de tu sombrero.
Si ausente de mí te miro,
de tu constancia aún incierta,
pienso en ti si estoy despierta,
si dormida, en ti deliro,
y al quejumbroso suspiro
de mi pasión mensajero,
le dice en son lastimero
la pena que aquí me hiere,
pregúntale si me quiere
lo mismo que yo le quiero.
Y al violento huracán
que conmueve la espesura,
y al céfiro que murmura,
y á las aves que se van,
mi ardiente y profundo afán,
mientras esperando muero,
les dice en son lastimero
que el alma toda me hiere,
preguntadle si me quiere
lo mismo que yo le quiero.
Si miro desde la reja
al sol trasponer el monte,
pienso que en el horizonte
de mí tu pasión se aleja.
Si una tórtola se queja,
juzgo su canto agorero,
y dice un ¡ay! lastimero
de este corazón que se muere...
Si será que no me quiere
o mismo que yo le quiero!
Suaves y bienhechoras
de la verdad sin agravios,
broten por fin de tus labios
palabras consoladoras.
Di si cuando lloro lloras,

si sufres tormento fiero,
si mueres por lo que muero
con dolorosa agonía,
si me *quieres, vida mía,*
lo mismo que yo te quiero.

LISARDO. Serena tu frente pura.
¡Si te quiero!... ¡ídolo amado!
Oye, Florinda. Criado
del monte entre la espesura,
aunque de razón oscura,
comprendí entre cien dolores,
qué vida de sinsabores
vive el hombre que no alcanza
un ángel á su esperanza
y una estrella á sus amores.
Por primera vez un día,
esbelta, gentil y hermosa
te vi cruzar pavorosa
por esa arboleda umbría:
el mirarte, alma mía,
sintió radical mudanza.
¿Quién es, dijo, la que avanza?
y respondieron dos flores:
La estrella de tus amores,
el ángel de tu esperanza.
Un fuego devorador
mi pecho encendió y mi mente,
y el susurro de esa fuente,
y el canto del ruiseñor,
intérpretes de mi amor,
decían murmuradores
por esos campos de flores...
Lisardo, otro bien no alcanza
que el ángel de su esperanza,
la estrella de sus amores.
Desde entonces, en tu quinta
mis miradas codiciosas

audaz fijé, y en las rosas
que Naturaleza pinta,
y en la caprichosa cinta
de nubes que en lontananza
precede al sol cuando avanza,
fingiéronme mis ardores
la estrella de mis amores
y el ángel de mi esperanza.
Desde entonces, codicioso,
donde quiera ve mi anhelo
tu hermosa faz: si en el cielo
un lucero esplendoroso
centellea luminoso,
pienso ver en sus fulgores
que tiñen de resplandores
el firmamento en bonanza
el ángel de mi esperanza,
la estrella de mis amores.
Y tengo celos, si miras,
de cuanto tus ojos ven,
y tengo celos también
del ambiente que respiras.
Suspiro cuando suspiras,
lloro si llorosa estás,
te sigo do quier que vas,
te seguiré donde fueres.
No te quiero cual me quieres,
que te quiero mucho más.

ESCENA V

DICHOS y BLASILLO, *corriendo.*

Blasillo. Señor, señor, tu rival se acerca seguido de Maese Pedro y un grupo de gente armada.

Florinda. *Huye, por Dios, Lisardo.*

Lisardo. Tranquilízate. ¿Vienen muchos?

BLASILLO. Pocos: unos cinco mil hombres... Nos van á hacer trizas... No perdamos el tiempo... Estoy temblando como un azogado.

FLORINDA. ¿Qué piensas hacer?

LISARDO. Si me dejara llevar del impulso de mi corazón, esperaría sereno á Fuenteseca, aun á costa de mi vida; pero temo sobresaltarte.

BLASILLO. No, no la asustes. Eso sería imprudente. Vaya, hasta la vista.

LISARDO. Suéltame.

BLASILLO. Mira, señor, que vamos á morir apaleados como dos conejos.

LISARDO. Nada temas. Observa si están distantes todavía.

BLASILLO. Voy. (Va hacia la derecha).

FLORINDA. Huye, por Dios, Lisardo.

LISARDO. Tengo otra idea. Voy á reunirme contigo. (Suben ambos á la meseta de la escalinata).

BLASILLO. (Espantado). ¡Ay!

LISARDO. ¿Qué es eso?

BLASILLO. Nada. (¿Pues no me ha espantado un pícaro gorrión? Los dedos me parecen huéspedes).

FLORINDA. ¿De qué manera?

BLASILLO. (Muy asustado). ¡Ay! ¡Ya están aquí!

LISARDO. Vas á verlo. Tú, Blasillo, escóndete detrás de aquella peña.

BLASILLO. ¡Buen abrigo!

LISARDO. Yo te protejo. Corre.

BLASILLO. Corro. (Escóndese tras la que está á la derecha).

FLORINDA. ¿Y tú?

LISARDO. Mira. (Desaparece el pórtico del palacio, recobrando la tapia su forma primitiva. Quedan ocultos Lisardo y Florinda).

BLASILLO. ¡Hombre! Eso sí que ha sido gracioso. Conque juntitos y...

FUENTESEC. (Dentro). Seguid por la falda. (Gran voz).

BLASILLO. Me cogieron como un gazapo. (Escóndese y acto continuo saca la cabeza para observar). Á ver... Calla, calla. Afortunadamente, han echado por otro lado. ¡Respiro!

Pesadito es, por vida mía, el oficio de brujo. Dígole á vuesa merced que me están dando ganas de dejarlo. Esto no es vivir. ¡Estoy derrengado! ¡Qué tres días de zarandeo! ¡Ay!

Tal vez diré un desatino;
pero me duele en el alma
haber perdido la calma
de mi vida de pollino.
¡Desde que en la hora fatal
soy hombre, todo es espantos!
¡Tiene muy dulces encantos
la existencia irracional!
Nadie en el mundo lo pasa (Discurriendo).
tan bien, según yo discurro,
como el burro, si es el burro
un burro de buena casa.
Sin ninguna ocupación
que la cabeza le quiebre,
desde el pilón al pesebre,
desde el pesebre al pilón,
rascarse en las piedras toscas,
medio cómodo que alabo,
y hacer así con el rabo
para espantarse las moscas,
á esto es sólo ¡voto á tal!
á lo que obligado viene
todo aquel burro que tiene
buena posición social.
¿Y en amor? Ningún dolor
le da enfermedad tan seria;
lo que es en esta materia
es dichoso, sí, señor.
Ni se postra, ni suplica,
ni... Vaya una prueba de ello.
Ve un asno del sexo bello,
es decir, una borrica,
y en vez de los memoriales

y suspiros y miradas
y las cuatro mil asnadas
de los seres racionales,
suelta sin ningún adorno,
para inaugurar la lucha,
un rebuzno que se escucha
doce leguas en contorno,
rebuzno que allá, en su amor,
¿Tú me quieres? significa;
si rebuzna la borrica,
quiere decir: *Sí, señor.*
Si un grupo de razones,
lo mira de rabo á cabo,
y haciendo así con el rabo
le quiere decir que nones.
Mas no por esto el pollino
se incomoda ni se ofende,
ni melancólico emprende
por los campos el camino,
pues rebuznando con arte,
como quien dice «me escurro»,
se va serio como un burro
con la música á otra parte.
¿Trabajo? Como no oprima
sus lomos algún costal...
¡pero qué sér racional
no lleva una carga encima!
¡Terrible es mi padecer!
No hay resignación que aguante
pena tal. Y en adelante,
¿qué es lo que voy á hacer?
Si fuera... mas soy un ente
de tan rara condición...

ESCENA VI

DICHO; MAESE PEDRO y FUENTESECA, que salen de puntillas por la tercer caja con objeto de acorralar á Blasillo. Traen mosquetes.

FUENTESEC. Blasillo, date á prisión.
(Apuntándole por la izquierda).
BLASILLO. ¡Santa Bárbara! (Retrocede).
M. PEDRO. (Apuntándole por la derecha). Detente.
FUENTESEC. La vida te concedemos
si te rindes.
M. PEDRO. Que ya es gracia.
BLASILLO. (Válgame la diplomacia.)
Señores, capitulemos.
Dejad los mosquetes.
FUENTESEC. Bien.
(Fuenteseca deja su mosquete junto á una peña de la izquierda, y Maese Pedro el suyo junto á otra de la derecha).
BLASILLO. Podéis llegar hasta mí.
FUENTESEC. ¿Me dais vuestra mano? (Volviendo).
BLASILLO. (Le da un bofetón). Sí.
M. PEDRO. ¿Y á mí, Blasillo?
BLASILLO. (Dándole otro). También.
FUENTESEC. ¡Ay! lo escabecho. (Yendo á coger su mosquete).
M. PEDRO. (Yendo á coger el suyo). Lo frío.
FUENTESEC. ¡Miserable traición!
No habrá para ti perdón.
BLASILLO. Sujétalos, amo mío. (En alta voz).
(Las peñas se transforman en monstruos y sujetan á Fuenteseca y á Maese Pedro por el trasero).
FUENTESEC. ¡Ay! ¡ay!
M. PEDRO. ¡Qué infamia!
BLASILLO. ¡Pobretes!
M. PEDRO. } Como no me soltéis, luego...
FUENTESEC. }
BLASILLO. ¿Qué haréis, infelices?

M. PEDRO. }
FUENTESEC. } Fuego.

BLASILLO. ¿Con qué?

M. PEDRO. }
FUENTESEC. } Con estos mosquetes.

BLASILLO. No están cargados de males,
sino de salud.

FUENTESEC. Olvidas
que son armas homicidas.

BLASILLO. Son armas medicinales.

(Trocanse los mosquetes en jeringas)

FUENTESEC. ¡Grotesca transformación!
¡Ah! ¿Vos también?...

M. PEDRO. Por supuesto.

FUENTESEC. ¿También me imitáis en esto?
¡Qué lujo de imitación!

BLASILLO. Es natural. ¿Por qué entonces
esas quejas?

M. PEDRO. (Al monstruo que le sujeta) Vamos, vamos.

FUENTESEC. ¿Pues en qué país estamos?

M. PEDRO. Pues en el país de las monas.

MUTACIÓN

Cámbiase el teatro en el país de las monas. A esta decoración debe dársele un aspecto pintoresco. Invaden el teatro infinidad de monos. Unos saltan de árbol en árbol, otros de las ramas, etc., etc.

M. PEDRO. ¡Jesús!

FUENTESEC. ¡Cuánto animalillo!

BLASILLO. Sonreid: ¿por qué estáis serios?
No hay en los dos hemisferios
otro hombre como Blasillo. (Vase).

BAILE DE MONOS

MUTACIÓN

Interior del palacio, desde entró Lisardo y Florinda.

ESCENA VII

LISARDO y FLORINDA; poco después, JAZMIN, por escotillon.

FLORINDA. ¡Ha sido graciosa la transformación! ¡Pobre Fuenteseca!

LISARDO. Tu compasión sería más justa si la dirigieras á tu padre, no hacia mi rival, cuya temeraria tenacidad le hace indigno de ella.

FLORINDA. No te enfades. ¿Puedes suponer interesada mi compasión? Creo que tu molestia no llegará hasta el punto de tener celos de ese viejo ridículo.

LISARDO. No, Florinda mía, perdóname.

FLORINDA. ¿Y qué vamos á hacer, Lisardo? Permanecer aquí es muy arriesgado. Mi padre y Fuenteseca volverán de un momento á otro.

LISARDO. Huir juntos es imposible. No alcanza á eso el poder de mi talismán.

FLORINDA. ¿Y tendrás que separarte de mí otra vez?

LISARDO. No queda otro remedio.

JAZMIN. (Saliendo por escotillón). Yo te creía más ingenioso, Lisardo.

LISARDO. ¡Jazmín! Venís en nuestro auxilio, ¿no es verdad?

JAZMIN. Si estáis amenazados de un gran peligro.

FLORINDA. ¿Cuál?

LISARDO. Decid.

JAZMIN. El rey de los genios ha dispuesto que al dar hoy las tres en el reloj de su palacio cese el poder de todos los talismanes vendidos en el castillo, exceptuando de esta orden á la rama de oro, cuyo poder adquirirá más fuerza desde dicha hora. Hay más. Hasta hoy á las tres ya no cesará el poder de la pata de

cabra: de manera que vuestro enlace será imposible si una fuerza superior no viene en vuestra ayuda.

FLORINDA. ¡Estamos perdidos!

JAZMIN. Esa fuerza podéis hallarla en la rama de oro.

LISARDO. ¿Y dónde encontrarla?

FLORINDA. Si yo hubiera podido apreciar todo su valor, no la hubiera perdido.

LISARDO. ¿Sabéis por ventura dónde se halla?

JAZMIN. Sí; tan luego como salió de las manos de Florinda, volvió al árbol misterioso de donde brota.

LISARDO. Y ese árbol, ¿dónde se encuentra?

JAZMIN. Á la puerta del palacio de la Felicidad, alcázar del rey de los genios.

LISARDO. Guiadme á él.

JAZMIN. ¿Cuál es tu intento?

LISARDO. Apoderarme á toda costa de ese precioso talismán.

JAZMIN. La empresa es más arriesgada de lo que imaginas.

LISARDO. No me espantan los peligros.

JAZMIN. Debo advertirte que al apoderarte de ese talismán juegas un albur muy peligroso.

FLORINDA. ¿Cuál?

JAZMIN. Para que la rama de oro obedezca la voluntad del mortal que la posea es preciso que éste á su vez cumpla una condición, una sola, que la rama impone antes de prestar sus servicios.

LISARDO. ¿Y qué condición es esa?

JAZMIN. Es imposible adivinarla.

LISARDO. Nada me importa, como no me exija que deje de amar á Florinda.

JAZMIN. Tal vez sea esa la condición.

LISARDO. En ese caso renunciaré sus beneficios.

JAZMIN. Será tarde. Una vez arrancada la rama de oro, no hay más remedio que obedecerla ó morir.

LISARDO. Qué más muerte que renunciar á mi amor. Guiadme. ¿Puede acompañarnos Florinda?

JAZMIN. Sí. Piénsalo bien.

LISARDO. Estoy resuelto. ¿Vamos?
JAZMIN. Vamos.

MUTACIÓN

Selva corta.

ESCENA VIII

BLASILLO y una contrafigura de Mariblanca que sale por la izquierda.

BLASILLO. Si no llevo mal la cuenta, creo que son cuarenta y nueve los mojicones que llevo repartidos. Ya tengo la mano dolorida; ¡pero no paro hasta los doscientos! Alguien viene. Cuarenta y nueve y uno, cincuenta. ¡Ah! Es Mariblanca... Bien. Cuarenta y nueve y doce son sesenta y uno... ¿Y si es ella la que me los da á mí? Muy resuelta viene. Me parece que lo más oportuno será poner pies en polvorosa... ¡Calla! Qué idea. Válgame la pildorita que me queda. No quiero que me vea huir. Llegad en buen hora, brujo infame; no os temo: yo también soy brujo, y si no, la prueba. ¡Desapareced de mi vista! (Hundese por escotillón la contrafigura). ¡Já, já! No ha sido mala fortuna librarme de sus garras.

ESCENA IX

BLASILLO y MARIBLANCA, por la derecha, vestida de hechicera, enteramente igual á la contrafigura.

BLASILLO. ¡Já, já! ¡Válgame San Macario! ¿De dónde ha salido esta serpiente? (Viendo á Mariblanca).
MARIBLANC. Escucha:

Hoy hace tres días
que en esta arboleda
te habló una gitana
recién hechicera,

merced á la infamia
que hiciste con ella.

BLASILLO. Acorta el exordio,
y al grano, que hay priesa.

MARIBLANC. Es corto, y lo acorta
si acortas la lengua.

BLASILLO. Soy mudo.

MARIBLANC. Prosigo.
La maga pudiera,
merced al influjo
de mágica ciencia,
si fuera villana,
si noble no fuera,
la dicha quitarte,
quitar tu existencia.
Mas no es vengativa;
por eso á ti llega
cual antes llegara,
no altiva y soberbia
como esa orgullosa
preciada palmera
que luce en la frente
su verde diadema
de palmas gentiles
á guisa de reina,
sino como blanca
y humilde azucena
que esconde entre flores
de menos belleza
sus cándidas hojas,
su frenta serena;
no llena de envidia,
sino de modestia,
trayendo en sus manos
de paz el emblema,
la rama de oliva,
no el rayo de guerra.

BLASILLO. Y ¿qué solicitas
con toda esa arenga?
MARIBLANC. Tu amor.
BLASILLO. Imposible.
MARIBLANC. ¿Por qué?
BLASILLO. No lo sepas.
MARIBLANC. Terrible es la duda.
BLASILLO. Peor la certeza.
MARIBLANC. Pues dime la causa. (Rogando).
BLASILLO. Pues ato mi lengua.
MARIBLANC. Pues has de de decirla. (Con imperio).
BLASILLO. Pues no has de saberla.
MARIBLANC. ¿Por qué no me quieres? (Dulzura).
Si tú me quisieras,
caprichos no habría
que no te cumpliera.
¿Deseas palacios?
¿Fortuna deseas?
¿Qué bienes codicias?
¿Qué dichas anhelas?
Responde, y al punto
verás satisfechas
tus más caprichosas
y raras ideas,
y bienes y dichas
tendrás, y riquezas,
jardines, palacios
de nácar y perlas,
fortuna y honores,
y dulce existencia,
y cuanto quisieres,
con tal que me quieras.
BLASILLO. ¿Á tanto se extiende (Con ambición).
tu rara influencia?
MARIBLANC. Á todo.
BLASILLO. Responde.
MARIBLANC. Pregunta.

BLASILLO. ¿Pudieras
hacerme dichoso?
MARIBLANC. El más de la tierra.
BLASILLO. ¿Muy rico?
MARIBLANC. Otro Creso.
BLASILLO. ¿Feliz?
MARIBLANC. Cuanto quieras.
Me viste aldeana,
me viste hechicera,
gitana me has visto,
me has visto princesa,
y un trono tendría
si un trono pidiera.
BLASILLO. ¿Y en él me sentaras?
MARIBLANC. Y un reino rigieras.
BLASILLO. ¿No más con quererte? (Rapidez).
MARIBLANC. No más.
BLASILLO. Pues espera.
MARIBLANC. No calles.
BLASILLO. No callo,
mas pienso.
MARIBLANC. ¿Qué piensas?
BLASILLO. Que...
MARIBLANC. Dilo.
BLASILLO. Que...
MARIBLANC. Habla.
BLASILLO. Que, en fin, no me pescas;
que quiero ser libre.
MARIBLANC. ¡Que tal me suceda!...
BLASILLO. ¡Qué pícara arpía!
MARIBLANC. ¡Qué horrible dureza!
Mal sienta en el hombre (Con desprecio).
que espada sustenta,
por más que de noble
la espada no sea,
groseros insultos
hacer á una hembra.

Las frases corteses
arguyen nobleza.

BLASILLO. Razón no te falta.

MARIBLANC. ¿Por qué me desprecias?
¿Será que en mi cuna
no encuentras alteza?

BLASILLO. Más baja es la mía
No es eso. (Mucha rapidez.

MARIBLANC. ¿Soy fea?

BLASILLO. De cielo es tu cara.

MARIBLANC. Mis ojos...

BLASILLO. Estrellas.

MARIBLANC. ¿Mi boca?

BLASILLO. De mieles.

MARIBLANC. Mis dientes...

BLASILLO. De perlas

MARIBLANC. Mi cuello...

BLASILLO De nácar.

MARIBLANC. Mi voz...

BLASILLO. Hechicera.

MARIBLANC. Mi talle...

BLASILLO. De mimbre.

MARIBLANC. Mi pie...

BLASILLO. Es una almendra.

MARIBLANC. Mi mano...

BLASILLO. ¡Qué mano
más blanca y más tersa!

MARIBLANC. ¿Belleza me falta?

BLASILLO. Te sobra belleza.

MARIBLANC. ¿Soy sandia?

BLASILLO. ¡Tú sandia!

MARIBLANC. ¿Soy necia?

BLASILLO. ¡Tú necia!
No quiero palacios (Entusiasmo).
ni quiero riquezas,
ni dichas, ni honores,
ni tronos, ni perlas;

tu cara prefiero,
tus ojos de estrellas,
tu talle de mimbre,
tu voz hechicera,
que al fin han po lido...

MARIBLANC. No calle tu lengua.
No calle...

BLASILLO. No calla;
mas pienso...

MARIBLANC. ¿Qué piensas?

BLASILLO. Que...

MARIBLANC. Dilo.

BLASILLO. Que...

MARIBLANC. Habla.

BLASILLO. Que el gancho no me echas;
por poco me coge.
¡Jesús! ¡qué cachiza!
¡Bendita mi boca!

MARIBLANC. ¡Maldita tu lengua!

BLASILLO. Escucha.

MARIBLANC. Enmudece.

BLASILLO. Pues sábete...

MARIBLANC. Cesa,
que tiñe mi rostro
la roja vergüenza.
Bastante he rogado.
Yo soy altanera.
La paz he ofrecido.
¿Prefieres la guerra?
Tu hostil pensamiento
cumplido se vea.
Te quise, y quería

(Rapidez progresiva hasta el final de la escena).

que tú me quisieras,
mas hoy sólo quiero
que nunca me quieras.
¿Qué quieres? ¡Caprichos!

¡Querrás! Y quisiera
que cuando quieres do
suspires y mueras,
tu objeto querido
quererte no pueda:
si puede quererte
quererte no quiera;
que quieras pasando
queriendo mil penas;
que á todos quisieres
y nadie te quiera,
y en fin, que los cielos
benéficos sean,
y quieran al verte
quererme de veras,
que yo te abomine,
que airada yo sea,
que yo te desprecie,
que yo te aborrezca. (Fuerza).

BLASILLO. Á precio ninguno
las paces hiciera.

MARIBLANC. ¿La paz? Es muy tarde.

BLASILLO. Pues guerra.

MARIBLANC. (Mucha fuerza). Pues guerra. (Vase Blasillo).
Tu vanidad altanera
sabrán muy pronto vencer,
ya que no los de mujer,
los encantos de hechicera.
Yo encontraré la manera
con mis hechizos suaves
de hacer que de odiarme acabes
y á necesitarme empieces
como la ninfa los peces
y como el viento las aves.
Te venceré, yo lo fío;
mi poder fascinador
hará tan grande tu amor

como grande es tu desvío.
En pos del cariño mío,
impulsado por los celos,
pronto iré entre desvelos,
como va el ave pintada
tras la sombría enramada
donde dejó sus hijuelos.
Obra sies como bastardo:
pero bien puedes creer
que no es bastante á vencer
el talis mán de Lisardo.
Tranquila la lucha aguardo
que la gloria lleva en pos;
¡yo la alcanzaré por Dios!

(Apostrofando á su genio).

¡Obrad una hechicería!
Veremos, por vida mía,
quién puede más de los dos.

ESCENA X

MARIBLANCA, MAESE PEDRO Y FUENTESECA

FUENTESEC. Estoy derreugado. ¡Traigo rota la cintura!

M. PEDRO. Y yo toda la columna vertebral.

FUENTESEC. Oid.

M. PEDRO. ¡Mariblanca!

FUENTESEC. ¿Venís á anunciarnos alguna desgracia?

MARIBLANC. Sí.

FUENTESEC. ¿Cuál?

MARIBLANC. Florinda y Lisardo se encaminan en este momento al palacio de la Felicidad en busca de la rama de oro.

FUENTESEC. Pero ¿podrán conseguir su objeto?

MARIBLANC. Sin duda, puesto que cuenta con el auxilio de Jazmín, que le sirve de guía.

FUENTESEC. ¡Rayos del cielo!

M. PEDRO. ¿Y qué debemos hacer?

MARIBLANC. Impedirlo á toda costa.

FUENTESEC. ¿De qué manera?

MARIBLANC. El éxito de nuestra empresa depende de vuestra ciega sumisión á mis mandatos.

FUENTESEC. Contad con ella.

MARIBLANC. La pérdida de un minuto podría ser muy fatal. Cumplid mis designios, auxiliares de mi poder. (En alta voz).

FUENTESEC. ¿Sería indiscreto preguntaros cuáles son?

MARIBLANC. Sí: básteos saber que Lisardo y Blasillo acaban de caer nuevamente en desgracia.

FUENTESEC. ¿Y Florinda?

MARIBLANC. No: dirigíos inmediatamente al palacio de la Felicidad y la encontraréis en el camino.

FUENTESEC. ¿No tenéis más instrucciones que comunicarnos?

MARIBLANC. Ninguna.

FUENTESEC. Entonces...

MARIBLANC. Volad.

FUENTESEC. Pero...

MARIBLANC. Os digo que voléis.

FUENTESEC. (A Maese Pedro). Vamos.

M. PEDRO. Bien; pero yo...

FUENTESEC. Que volemos nos ha dicho (Vanse).

MARIBLANC. Ya estamos otra vez frente á frente. Veremos quién puede más de los dos. Mi idea es ingeniosa. (Vase por la derecha).

MUTACIÓN

Barranco quebradísimo. Puerta de una caverna, sobre la cual se lee *Templo de la Felicidad*. Rocas.

ESCENA XI

LISARDO, en traje de pastor. BLASILLO, vestido con la librea de polizon.

LISARDO. ¿Qué te parece, Blas, de la mudanza?

BLASILLO. ¡Terrible retroceso!
Cuando miro el final de mi esperanza
hundirse en el ocaso,
si á la inflexible lógica recurro,
clara mente me enseña que á este paso,
un paso más, y me convierto en burro.

LISARDO. ¡Desdichado destino!
¡Estrella desgraciada!
De la dicha correr por el camino,
ver el palacio donde el bien se anida,
y al llegar á su puerta... ¡está cerrada!

BLASILLO. ¿Qué te asombra, señor? Esa es la vida:
por lo consolador, juzgo oportuno
recordarte que van los hombres locos
ese templo á asaltar; se acercan pocos
al dintel, de estos pocos llega alguno;
mas en él penetrar, eso ninguno.

LISARDO. ¡Triste verdad! que mi alegría embarga!
¿Qué hemos de hacer?

BLASILLO. Señor, ¿por qué te quejas?
Tú, volver á cuidar de tus ovejas...
¡Pero ¡ay! de mí, que volveré á la carga!
Há poco no sentía, y ahora siento
volver á la existencia de jumento.

LISARDO. ¿Y de Florinda bella, separado
será fuerza vivir? Del astro hermoso
cuya lumbre encendida
la senda del amor me señalaba,
norte seguro de mi fe perdida,
iris bello de paz que serenaba
el horizonte oscuro de mi vida.
Separarme de ti tampoco quiero.

BLASILLO. ¡Triste separación que el alma llora!
Tampoco tu escudero:
para vivir con ella, hazla pastora:
para vivir conmigo, hazte arriero.
Sereno y animoso

sigue tenaz la comenzada lucha.
¿Un talismán no tienes poderoso?

LISARDO. Es impotente ya.

BLASILLO. ¡Cielos!

LISARDO. Escucha.
Quédale de poder muy breve espacio:
cesará la influencia de su magia
cuando suenen las tres en el palacio.

BLASILLO. ¿Qué tu voz melancólica presagia
que el alma toda de amargura llena?
Espera en Dios, que enseñará camino...
(Suenan las tres lenta y gravemente).
Ese reloj...

LISARDO ¡Las tres! ¡Duro destino!
¡Es la hora fatal esa que suena!
¡Aquí murió mi amor!

BLASILLO. ¡Y aquí un pollino!

ESCENA XII

DICHOS y JAZMIN, por la cueva del fondo.

JAZMIN. Todo se ha concluído.

LISARDO. ¡Jazmín aquí!

JAZMIN. Como te anuncié, acaba de cesar el poder de vuestros talismanes.

LISARDO. ¿Y Florinda?

JAZMIN. Protegida por Mariblanca se halla con Fuenteseca en ese palacio.

BLASILLO. Pues cuando salga..... (Disponiéndose á dar un bofetón).

LISARDO. ¿Sabes su intento?

JAZMIN. ¿El de la hechicera?

LISARDO. Sí.

JAZMIN. Pedir al rey de los genios la mano de Florinda.

LISARDO. ¿Se la concederá?

JAZMIN. Mucho lo temo. La influencia de Mariblanca es mayor que la mía.

BLASILLO. (¡Pobre amo mío! Si con mi sangre pudiera darle la felicidad, se la daría.)

LISARDO. ¿Es decir, que no queda ningún remedio?

JAZMIN. Ninguno; porque la rama de oro...

BLASILLO. (¿La rama de oro?)

LISARDO. ¿Dónde está?

JAZMIN. (Señalando una roca). Allí.

LISARDO. No la veo.

JAZMIN. Brota. (Brota una rama de oro). ¿Qué vas á hacer? (Viendo que Lisardo corre hacia la rama).

LISARDO. Arrancarla.

BLASILLO. (¡Ea, valor! Ya que sufro por mi causa, salvémosle).

JAZMIN. Piensa que puede costarte la vida.

LISARDO. ¿No puede también darme la felicidad?

JAZMIN. Sí.

LISARDO. En ese caso, no vacilo. (Interpónese Blasillo entre la rama y Lisardo).

BLASILLO. Si el peligro consiste en arrancarla, para mí el peligro y para tí la dicha. (Coge la rama para arrancarla).

ESCENA XIII

DICHOS y MARIBLANCA, por la cuera.

MARIBLANC. Detente.

LISARDO. }
BLASILLO. } Mariblanca.

MARIBLANC. El rey de los genios acaba de concederme para Fuentesecá la mano de Florinda.

LISARDO. ¡Hechicera infame!

BLASILLO. Pero dueño yo de la rama de oro, ¿podré revocar la concesión?

MARIBLANC. Sin duda, y sin embargo no la arrancarás.

BLASILLO. ¿Por qué?

MARIBLANC. Porque yo te lo prohibo.

BLASILLO. ¿Y quién eres tú para imponerme condiciones?

MARIBLANC. Una maga poderosa.

BLASILLO. Pues esta vez será mi voluntad más fuerte que tu influencia. ¡Vaya un empeño en llevarme la contraria! La arrancaré contra tu voluntad, y aunque se opusiera á ello toda la hechicería junta.

MARIBLANC. Si la arrancas... ¡ay de ti!

BLASILLO. No sabes tú quién soy yo.

MARIBLANC. No la arrancarás.

BLASILLO. ¿Que no? (La arranca).
Pues ya la arranqué.

(Golpe de campana chinesca).

MARIBLANC. (Gozosa). ¡Vencí!
Ha de cumplir quien arranca
ese talismán que ves
una condición.

BLASILLO. ¿Cuál es?

MARIBLANC. Casarse con Mariblanca.

(Aparece este letro en el fondo).

BLASILLO. Pues no la quiero cumplir.

MARIBLANC. Fuerza será resignarse.

BLASILLO. ¿Conque es preciso casarse?

MARIBLANC. Casarse.

BLASILLO. ¿Y si no?...

MARIBLANC. (Leyendo la palabra morir que aparece en el fondo).
Morir.

BLASILLO. No, pues tampoco me agrada.

MARIBLANC. (Te hice en mis redes caer).

BLASILLO. Vamos, acabo de hacer
una insigne borricada.

MARIBLANC. Discurrió mi entendimiento,
y el discurrirlo era justo,
que sin amor y disgusto
sólo se casa un jumento.
Para quitar el motivo
que me hace enojosa serte,
juzgué oportuno volverte
á tu estado primitivo.
Ardid que me hace vencer...

Acepta mi matrimonio.

(Con satisfacción y orgullo).

BLASILLO. No inventaría el demonio
lo que inventa una mujer.
Mas conspiras contra tí,
porque si el marido no ama...

MARIBLANC. Yo lograré de esa rama
que te enamore de mí.

BLASILLO. Ya maldecirás tu suerte.
No te haré llevar mal paso.
Conque... á ver... si no me caso
tengo segura...

MARIBLANC. (Aparece también este letrero en el fondo).
La muerte.

BLASILLO. ¿Y si me someto al yugo
dándote mi mano hermosa?

MARIBLANC. Será tu vida dichosa.

BLASILLO. Pues entonces... Apechugo.

(Golpe de campana china).

LISARDO. Vencimos. (Satisfacción en todos).

JAZMIN. Sí.

BLASILLO. Y aunque creo
difícil á la verdad
hallar la felicidad
por la puerta de himeneo,
para lograr conocer
si escondes venturas ciertas,
ábreme, rama, las puertas
del alcázar del placer.

MUTACIÓN

Interior del templo de la Felicidad.

MÚSICA EN LA ORQUESTA

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS; FLORINDA, MAESE PEDRO y FUENTESECA; el REY DE LOS GENIOS sentado en el trono, rodeado de muy pocos de sus vasallos.

FLORINDA. ¡Lisardo! (Yendo hacia él).
LISARDO. (Con amor). La pena acaba.
FUENTESEC. (Nos vendió esa fregatriz). (Por Mariblanca)
BLASILLO. Hay menos gente feliz
de la que yo imaginaba.
Os perdono lo pasado;
de dura mi alma no peca;
vete al punto, Fuentesecа,
á tu quinta desterrado,
y muy buen viaje, amigo.
(Vase Fuentesecа por escotillon).
Maese, aunque no le cuadre...
FLORINDA. Mira, Blas, que ese es mi padre.
BLASILLO. Pues bien, quédese contigo.
Esta es mi mano de esposo; (A Mariblanca).
tiéndeme tú la de esposa:
sólo me falta una cosa
para ser muy venturoso.
MARIBLANC. ¿Cuál es?
BLASILLO. Decírtela quiero,
aunque cobre mala fama;
ya que es de oro la rama,
un poquito de dinero. (Llavia general de oro).
Muchas gracias; esto es.
Hija, el deseo es inmundo;
pero sin oro en el mundo
nos llevan á puntapiés.
¡Ya soy rico!
MARIBLANC. Guarda, Pablo.

BLASILLO. Á gastar.
MARIBLANC. Economías.
Piensa que todos los días
no hace *Almoneda el diablo.* — *Telón.*

FIN DE LA COMEDIA

Habiendo examinado las adiciones y modificaciones en esta comedia, no hallo inconveniente en que su representación sea de este modo.

Madrid 9 de Diciembre de 1861.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DE RAFAEL MARÍA LIERN

EN TRES Ó MÁS ACTOS

La almoneda del diablo.
La paloma azul.
La espada de Satanás.
El laurel de plata.
Desde Cádes á Flora.
Azulina.
Los amores del diablo.
¿Qué dirá el mundo?
La azucena del prado.
Los titiritetos.
El testamento azul.
El barberillo en Orán.
La escala del crimen (1).
Blancos y azules (2).
El rosal de la belleza.
Vivir al día.
Carmen (3).
La noche de Reyes.
El diablo en el cuerpo (4).
Surcouff.
Eloisa y Abelardo (5).
La verdad sospechosa (6).

EN DOS ACTOS

Una conversión en diez minutos.
Un liberal como hay muchos.
El cancán... ¡Atrás, paisano!
Setiembre del 68 y Abril del 69.
¡El teatro en 1876!
El señor de Cascarrabias.
Cinco semanas en globo.
El príncipe Lila.
Satanás II.
El diamante negro.
El destierro del amor.
Cibeles y Neptuno.
¡Bonito país!
El proceso del cancán.
El infierno á la española.
Matrimonios al vapor.
El gato real.
La suegra del rey de Indias.
La gata de oro.

---

(1) En colaboracion con el Sr. Madan.
(2) Idem con D. José Noguès.
(3) Arreglo de la opera francesa del mismo título.
(4) Arreglo en colaboración con el Sr. Colome.
(5) Esta y la anterior, arreglo del francés.
(6) Refundición y arreglo de la obra de D. Juan Ruiz de Alarcón.

EN UN ACTO

Una coincidencia alfabética.
Un animal raro.
Lo que le falta á mi marido.
Al borde del precipicio.
Aurora de libertad.
Una casa de fieras.
La perla salamanquina
Por una ráfaga.
El mundo en un armario.
La venda del Mesías.
Un milord de Cienpozuelos.
Americanos de pega.
El retrato de Macaria.
Pedro el Veterano.
¡El demonio de los bufos!
La comedianta Rufina.
El impuesto de guerra.
Dos cómicos de provincias.
Las espinas de una... rosa.
Certamen español.
Los puntos negros.
El número fatal
Una docena de fraile.
Un par de lilas.
Locuras madrileñas
¡Viva la paz!
Las hijas de Fulano.
Carraguca.
Una alumna de Baco.
La salsa de Aniceta.
El marqués del Pimentón.
El canario gris.
Los excéntricos.
El quinto sacristán.
Lolilla.
Chín, chín, catapún Chán, chán.
La mar de mundos.
Doña Juana Tenorio.
Flor de maridos.
Los sietemesinos.
Dos candidatos.
Los feos.
Los bonitos.
Picio, Adán y Compañía.
Picio y Adán se despiden.
Dos tontos de capirote.
Artistas á cala.
El barbero por la Patti.
Don Abdón y don Senén.
Para quien es don Juan...
Al jardín, amores...
A orillas del mar
El cantar español.
El barón de la Castaña.
La Pinchiara en Albacete.
Dos pichones del Turia.
Los estanqueros aéreos.
El asistente Cepillo.
Artistas para la Habana
Don Pompeyo en Carnaval.
El barbero de Rosini.
Tamberlik, Mario y Latorre.
Patilla verde.
El pacientísimo Job.
El matador de Vallecas.
Pepito París.
Efectos de la Gran Vía.
Esta casa es muy [illegible].
Percances en Nochebuena.
Manzanilla.
El primer abrazo.
El hijo del murciélago.

La casaca.
Pepa, Pepe y Pepín.
Los de Cuba.
Dos canarios de café.
El cotillon de Tapioca.
Soñar despierta.
Para dos perdices...
Pizpireta.
El caballero Gastón.
Entre verde y lila.
El regreso del cacique.

MONÓLOGOS

El aceite de bellotas.
Nudos y nuditos.
Una carta á Angel Rubio.
J. S. F.
Aves y flores.

PIEZAS BILINGÜES

De femater á lacayo.
Les eleccions d'un poblet.
Un rato en l hort d'el Santissim.
Nubolaeta d'estiu.
En les festes d'un carrer.
La mona de Pasqua.
La flor d'el cami d'el Grau.
La cotorra d'Alacuas.
Telémaco en l'Albufera.
Una broma de sabó.
Una paella.
Un dotor de secá.
Zapatero... á tus zapatos.
L'agüelo Patillagroga.
¡Carracuca!
La cosnellanta Rufina.
El que fuig de Deu.
Adán y Eva en Barchasot.
Arros en fesols y naps.
Dos Adans contra un aserp.
La ocasió la pinten calva.
Volatins en Chirivella.
Chavaloyes.
Cachupín en Catarrocha.
La piedra de toque.

como grande es tu desvío
En pos del cariño mío,
impulsado por los celos,
pronto iré entre desvelos
como va el ave pintada
tras la sombra encantada
donde dejó sus tripudos.
Obrastes como bastardo,
pero bien puedes creer
que no es bastante á vencer
el talismán de Lisardo.
Tranquila la Dicha aguarda
que la gloria lleva en pos;
¡yo la alcanzaré por Dios!

(Apostrofando á su genio).

¡Obrad una hechicería!
Veremos, por vida mía,
quién puede más de los dos.

ESCENA X

MARIBLANCA, MAESE PEDRO Y FUENTESECA

FUENTESEC. Estoy derrengado. ¡Traigo rota la cintura!

M. PEDRO. Y yo toda la columna vertebral.

FUENTESEC. Oid.

M. PEDRO. ¡Mariblanca!

FUENTESEC. ¿Venís á anunciarnos alguna desgracia?

MARIBLANC. Sí.

FUENTESEC. ¿Cuál?

MARIBLANC. Florinda y Lisardo se encaminan en este momento al palacio de la Felicidad en busca de la rama de oro.

FUENTESEC. Pero ¿podrán conseguir su objeto?

MARIBLANC. Sin duda, puesto que cuenta con el auxilio de Jazmín, que le sirve de guía.

FUENTESEC. ¡Rayos del cielo!

M. PEDRO. ¿Y qué debemos hacer?

MARIBLANC. Impedirlo á toda costa.

FUENTESEC. ¿De qué manera?

MARIBLANC. El éxito de nuestra empresa depende de vuestra ciega sumisión á mis mandatos.

FUENTESEC. Contad con ella.

MARIBLANC. La pérdida de un minuto podría ser muy fatal. Cumplid mis designios, auxiliares de mi poder. (En alta voz).

FUENTESEC. ¿Sería indiscreto preguntaros cuales son?

MARIBLANC. Sí: básteos saber que Lisardo y Blasillo acaban de caer nuevamente en desgracia.

FUENTESEC. ¿Y Florinda?

MARIBLANC. No: dirigíos inmediatamente al palacio de la Felicidad y la encontraréis en el camino.

FUENTESEC. ¿No tenéis más instrucciones que comunicarnos?

MARIBLANC. Ninguna.

FUENTESEC. Entonces...

MARIBLANC. Volad.

FUENTESEC. Pero...

MARIBLANC. Os digo que voléis.

FUENTESEC. (A Maese Pedro). Vamos.

M. PEDRO. Bien; pero yo...

FUENTESEC. Que volemos nos ha dicho (Vanse).

MARIBLANC. Ya estamos otra vez frente á frente. Veremos quién puede más de los dos. Mi idea es ingeniosa. (Vase por la derecha).

MUTACIÓN

Barranco quebradísimo. Puerta de una caverna, sobre la cual se lee: *Templo de la Felicidad*. Rocas.

ESCENA XI

LISARDO, en traje de pastor. BLASILLO, vestido con la botarga de pollino.

LISARDO. ¿Qué te parece, Blas, de la mudanza?